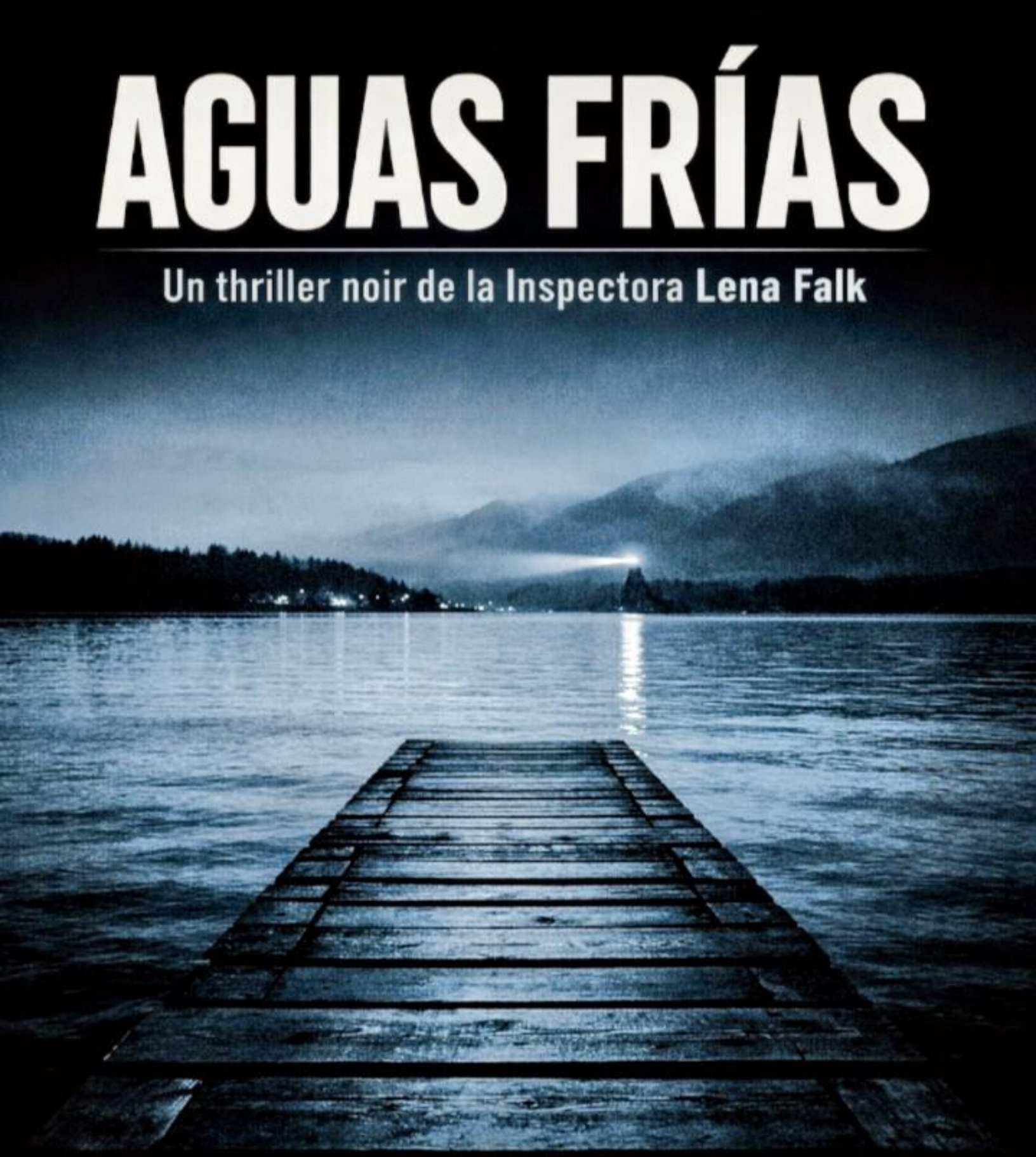
AGUAS FRÍAS

Un thriller noir de la Inspectora **Lena Falk**



ANDRÉS R. FUENTES

AGUAS FRÍAS

Un thriller noir de la Inspectora Lena Falk

Andrés R. Fuente

Sinopsis

Una madrugada de diciembre, el cadáver de Markus Brenner aparece flotando en los canales de Speicherstadt. Gestor inmobiliario, torturado antes de morir. La inspectora Lena Falk se hace cargo del caso.

La investigación la lleva al corazón oscuro de Hamburgo: proyectos millonarios de reconversión portuaria, sobornos a funcionarios, redes de corrupción que conectan empresarios, políticos y jueces. Detrás de todo, Heinrich Voss, magnate intocable que lleva treinta años comprando la ciudad.

Pero Brenner era más astuto de lo que nadie imaginaba. Antes de morir, escondió pruebas que pueden derribar el imperio de Voss. Lena tendrá que enfrentarse a presiones institucionales, amenazas directas y la conspiración de silencio que protege a los poderosos.

El precio será alto. Su relación con Jonas, arquitecto que trabajó para Voss, se fractura bajo la tensión del caso. Sus superiores le advierten que se aleje. Voss tiene recursos ilimitados y hombres dispuestos a matar.

Lena no retrocede. Persigue la verdad a través de almacenes abandonados, interrogatorios tensos y una red de complicidades que infecta toda la ciudad. Cada pista la acerca más al asesino. Y cada paso la aleja más de la vida que conocía.

En el frío implacable del puerto de Hamburgo, entre niebla y asfalto mojado, Lena descubrirá que la justicia tiene un coste. Y que algunas victorias se pagan con todo lo que tienes.

Un thriller noir contemporáneo. Oscuro, visceral, implacable.

Prólogo

La llamada entró a las tres y cuarto de la madrugada.

Lena Falk abrió los ojos en la oscuridad del dormitorio y tanteó el móvil sobre la mesilla. La pantalla iluminó su cara. Número conocido: central de operaciones. Jonas se movió a su lado, murmuró algo ininteligible y volvió a hundirse en el sueño. Ella ya estaba incorporándose.

—Falk.

—Inspectora, tenemos un cuerpo en Speicherstadt. Canal norte, junto al puente Kannengießerort. Patrulla en escena solicita homicidios.

—Voy para allá.

Colgó. Se vistió en silencio: vaqueros, jersey oscuro, chaqueta de cuero. Jonas no se despertó. Mejor así. Salió del piso sin hacer ruido y bajó las escaleras hasta el portal. El frío de diciembre la golpeó en cuanto abrió la puerta. Hamburgo olía a agua y a gasóleo.

El Audi estaba aparcado en la calle. Arrancó y condujo por la ciudad vacía. Las farolas proyectaban charcos de luz amarillenta sobre el asfalto mojado. Llovía fino, esa lluvia persistente que nunca termina de empapar pero que cala igual. Cruzó el puente Kornhausbrücke y giró hacia Speicherstadt. Los almacenes de ladrillo rojo se alzaban a ambos lados como barcos varados. Ventanas ciegas, fachadas góticas de otro siglo. Turismo de día, silencio de noche.

Las luces azules parpadeaban más adelante. Dos coches patrulla, una ambulancia, el furgón de la científica. Lena aparcó detrás y bajó del coche. El viento soplaba desde el Elba arrastrando olor a sal y a podredumbre.

Un agente uniformado la esperaba junto a la cinta policial. Joven, pálido. Lena le mostró la placa.

—¿Dónde está?

El agente señaló hacia el canal. Lena caminó hasta el borde. Focos portátiles iluminaban la escena. El agua negra lamía los muros de piedra. Flotando boca abajo, medio sumergido, había un cuerpo. Un hombre. Traje oscuro hinchado por el agua. Brazos abiertos. Cabello castaño oscilando con la corriente.

Lena se arrodilló en el borde y observó. La científica ya estaba trabajando. Dos buzos de la unidad de rescate preparaban cuerdas para sacar el cadáver. Uno de ellos miró hacia arriba.

—Podemos sacarlo ya, inspectora.

Lena asintió. Los buzos se metieron en el agua con cuidado. Engancharon el cuerpo y lo arrastraron hacia el muro. Otro agente ayudó a izarlo. Lo tendieron sobre una lona en el suelo empedrado. El agua escurría formando charcos oscuros.

Lena se acercó. El hombre tenía entre cuarenta y cincuenta años. Rostro hinchado, labios morados. Pero no llevaba mucho tiempo en el agua. La piel no estaba demasiado deteriorada. Traje caro, zapatos italianos. Sin reloj ni cartera. Lena se puso unos guantes de látex y examinó las manos. Uñas rotas. Nudillos despellejados. Señales de defensa.

—¿Identificación? —preguntó.

—Nada —respondió uno de los técnicos—. Sin documentación. Sin móvil. Alguien lo limpió antes de tirarlo.

Lena estudió el rostro del muerto. Rasgos afilados, mandíbula cuadrada. Había sido un hombre atractivo. Ahora solo era un problema por resolver. Se fijó en el cuello. Marcas. Estrías profundas, líneas oscuras. No solo estrangulación. Algo más.

—Necesito luz aquí.

Un técnico acercó un foco. Lena se inclinó sobre el cadáver. Las marcas en el cuello no eran uniformes. Cortes superficiales,

quemaduras. Alguien había trabajado sobre él antes de matarlo. Se incorporó y miró alrededor. El canal, los almacenes, los puentes. Ni cámaras ni testigos a esa hora. Quien lo hizo eligió bien el sitio.

—¿Hora aproximada de la muerte?

—Difícil decirlo aún —contestó el forense, un hombre calvo de cincuenta años llamado Dietrich que llevaba veinte años abriendo cadáveres—. Pero por la temperatura corporal y la rigidez, diría que entre seis y ocho horas. Tal vez menos. El agua fría altera los parámetros.

Lena calculó. Entre las siete y las nueve de la noche anterior. Plena oscuridad en diciembre. Nadie por aquí a esas horas salvo algún turista despistado o trabajadores del puerto.

—Quiero la autopsia completa esta mañana.

Dietrich asintió sin mirarla. Estaba acostumbrado a sus exigencias.

Lena se apartó del cuerpo y caminó por el borde del canal. Buscaba algo, cualquier cosa. Una chaqueta, un arma, sangre. Pero la lluvia había lavado todo. Solo quedaba el empedrado mojado y brillante bajo los focos. Se detuvo junto al puente y encendió un cigarrillo. Fumaba poco, solo en escenas como esta. El tabaco le calentaba los pulmones.

—Inspectora.

Se volvió. Era Krause, su compañero de homicidios. Alto, cincuenta años, canas bien cortadas, gabardina beige. Llegaba con un café en cada mano. Le ofreció uno a Lena.

—Gracias.

—¿Qué tenemos?

—Un muerto sin nombre. Torturado y tirado al canal. Ropa cara, sin identificación. Limpio.

Krause bebió un sorbo de café y miró hacia el cadáver.

—Ajuste de cuentas.

—Puede —dijo Lena—. O algo más elaborado. Las marcas en el cuello no son de apuro.

—¿Drogas?

—No parece el perfil. Pero habrá que comprobarlo.

Krause conocía a Lena desde hacía tres años. Sabía que cuando decía "algo más elaborado" era porque su instinto ya había descartado lo obvio. El instinto de Lena pocas veces se equivocaba. Era lo que la hacía brillante y lo que la convertía en un incordio para la jerarquía.

—¿Quieres que rastree cámaras de la zona?

—Sí. Y pregunta en los hoteles cercanos, restaurantes, bares. Alguien tuvo que verlo antes de que acabara aquí.

Krause asintió y se alejó con el móvil en la mano. Lena volvió junto al cadáver. Los técnicos estaban terminando de fotografiarlo desde todos los ángulos. Dietrich supervisaba. Lena se agachó de nuevo y examinó la ropa del muerto. El traje estaba hecho a medida. Etiqueta interior: sastre de Rotherbaum, barrio de dinero. Los zapatos también. Este hombre no era un don nadie.

Le dio la vuelta a la mano derecha. En el dedo anular había una marca pálida donde antes llevaba un anillo. Se lo habían quitado recientemente. Lena buscó en los bolsillos interiores de la chaqueta. Nada. Demasiado limpio. Quien lo preparó sabía lo que hacía.

—Inspectora, tenemos algo.

Era uno de los técnicos. Joven, moreno, gafas. Sostenía una bolsa de pruebas. Dentro había un recibo de papel térmico, arrugado y mojado pero legible. Lena lo cogió y lo miró a contraluz. Restaurante Hafen Küche. Fecha: dos días atrás. Hora: 21:30.

Importe: ciento cuarenta euros. Pago con tarjeta, últimos cuatro dígitos: 8823.

—¿Dónde estaba?

—En el forro interior de la chaqueta. Rasgado. Debió caerse dentro sin que lo notara.

Lena guardó la bolsa. Era un comienzo. El Hafen Küche estaba en el Fischmarkt, a veinte minutos de aquí. Restaurante caro, clientela selecta. Alguien allí recordaría una cuenta de ciento cuarenta euros.

—Bien. Mandadlo todo al laboratorio.

Los técnicos metieron el cadáver en una bolsa negra y lo cargaron en el furgón. Las puertas se cerraron con un golpe metálico. El furgón arrancó y se perdió por las calles de Speicherstadt. Lena se quedó sola en el borde del canal. La lluvia había parado pero el viento seguía soplando. Las luces de los almacenes se reflejaban en el agua oscura.

Sacó el móvil y marcó un número. Tres tonos.

—Archivos criminales, Schneider.

—Soy Falk. Necesito que busques en la base de datos. Varón, cuarenta a cincuenta años, metro setenta y cinco, complexión atlética, cabello castaño, ojos azules. Ropa de marca. Posible víctima de tortura. Últimas veinticuatro horas.

—Dame un segundo.

Lena esperó. Oía el tecleo al otro lado de la línea. Schneider era meticuloso, rápido. Quince segundos después:

—Nada reciente con ese perfil. ¿Desaparecidos?

—Prueba.

Más tecleo. Lena encendió otro cigarrillo. Miró hacia el puente. Un coche pasó despacio, con los faros encendidos. Siguió de largo.

—Tengo algo —dijo Schneider—. Denuncia por desaparición presentada ayer por la tarde. Markus Brenner, cuarenta y cinco años, gestor inmobiliario. Descripción coincide. No apareció en su despacho el lunes. Su secretaria lo denunció cuando tampoco contestaba al móvil.

—Mándame la ficha.

—Ahora mismo.

Lena colgó. El móvil vibró segundos después. Abrió el archivo adjunto. Foto de carnet. Markus Brenner. Rostro afilado, mandíbula cuadrada, cabello castaño bien cortado. Sonrisa profesional. Era él. El muerto del canal tenía nombre.

Leyó la ficha. Markus Brenner, nacido en Lübeck en 1980. Divorciado, sin hijos. Residente en Eppendorf. Empleado en una consultora inmobiliaria llamada Norddeutsche Projektentwicklung. Especializado en reconversión portuaria y urbanismo comercial. Sin antecedentes. Ciudadano ejemplar.

Lena guardó el móvil. Gestor inmobiliario. Proyectos en el puerto. Dinero, contratos, intereses. El tipo de mundo donde la gente desaparece por razones que no tienen que ver con drogas ni pasión. Razones frías. Razones de negocio.

Krause volvió con el móvil en la mano.

—Tres cámaras en un radio de doscientos metros. Dos apagadas. La tercera apunta al otro lado. Nada útil.

—Claro.

—¿Tenemos identificación?

—Markus Brenner. Gestor inmobiliario. Trabajaba en proyectos del puerto.

Krause silbó bajito.

—Mierda.

—Eso mismo.

Lena sabía lo que significaba. Proyectos del puerto implicaban millones de euros, promotoras, políticos, conexiones. Si Brenner estaba metido en algo turbio, el caso se iba a complicar rápido. Y si alguien lo había matado por ello, no iba a ser fácil llegar hasta ellos.

—¿Vamos a su despacho?

—Todavía no. Primero quiero ver la autopsia. Luego hablaremos con quien denunció la desaparición.

—La secretaria.

—Exacto.

Lena miró el canal una última vez. El agua seguía fluyendo, negra e indiferente. Hamburgo llevaba siglos tirando cadáveres a sus aguas. Uno más no cambiaba nada. Pero para Lena cada uno importaba. No por sentimentalismo. Porque cada muerte dejaba un rastro y ese rastro llevaba a alguien. Solo había que seguirlo.

Se subió al Audi y arrancó. Krause la siguió en su propio coche. Cruzaron Speicherstadt en convoy silencioso. Las calles empezaban a despertar. Camiones de reparto, primeros trabajadores. La ciudad volvía a la vida mientras Markus Brenner iba camino del depósito de cadáveres.

Lena condujo hasta la jefatura en Sankt Pauli. Aparcó en el garaje subterráneo y subió por el ascensor hasta la tercera planta. Homicidios. Despacho compartido con Krause, dos mesas enfrentadas, archivadores grises, ventanas que daban al patio interior. Olía a café recalentado y a papel viejo.

Se quitó la chaqueta y encendió el ordenador. Buscó todo lo que pudo sobre Markus Brenner. LinkedIn, redes sociales, registros públicos. Brenner tenía perfil discreto. Foto profesional, currículum impecable. Licenciado en Empresariales por la Universidad de Hamburgo. MBA en Rotterdam. Quince años en el sector

inmobiliario. Los últimos cinco en Norddeutsche Projektentwicklung. Proyectos destacados: reconversión de antiguos astilleros en Wilhelmsburg, renovación de almacenes en HafenCity, desarrollo residencial en Altona.

Lena tomó notas. HafenCity era el proyecto estrella de la ciudad. Reconversión masiva del puerto viejo en zona residencial y comercial de lujo. Inversiones millonarias, constructoras internacionales, políticos involucrados. Un terreno minado.

Krause entró con dos cafés nuevos. Dejó uno sobre la mesa de Lena.

—He llamado a la secretaria. Vendrá a las nueve.

Lena miró el reloj. Las seis y media. Dos horas y media. Suficiente para revisar el historial de Brenner y preparar preguntas.

—Bien.

Krause se sentó en su mesa y abrió su propio ordenador. Trabajaban en silencio, cada uno en su pantalla. Así funcionaban. Pocas palabras, mucho trabajo. Lena lo apreciaba. No soportaba a los compañeros que necesitaban hablar todo el tiempo.

A las siete llamó Dietrich desde el Instituto de Medicina Legal.

—Tengo algo preliminar.

—Te escucho.

—Causa de muerte: estrangulación. Pero no manual. Usaron algún tipo de cable o cuerda. Las marcas son profundas y regulares. Muerte por asfixia, probablemente en menos de dos minutos. Pero antes de eso, tortura. Cortes superficiales en cuello y hombros. Quemaduras de cigarrillo en el pecho. Varias costillas rotas. Hematomas en abdomen y espalda. Le dieron una paliza sistemática.

Lena escuchaba tomando notas.

—¿Buscaban información?

—Eso parece. No es violencia gratuita. Es trabajo. Alguien quería que hablara.

—¿Drogas en sangre?

—Todavía no tengo los resultados completos. Pero alcohol sí. Nivel moderado. Como dos copas de vino.

—¿Compatibles con la cena del Hafen Küche?

—Podría ser.

—¿Hora de la muerte más precisa?

—Entre las ocho y las diez de la noche del lunes. El estómago contenía restos de comida. Pescado, verduras. Digestión interrumpida hace unas cuarenta horas.

Lena calculó. El recibo del restaurante era del sábado noche. Brenner cenó allí, pagó ciento cuarenta euros. Dos días después estaba muerto. ¿Qué pasó en ese tiempo?

—¿Algo más?

—Las uñas rotas indican lucha. Encontramos restos de piel bajo dos de ellas. ADN en proceso. Y una cosa curiosa: en la planta del pie derecho tenía incrustadas astillas de madera. Madera vieja, tratada con algún tipo de barniz industrial.

—¿Almacenes?

—Posiblemente. O un barco. Algo relacionado con el puerto, desde luego.

—Gracias, Dietrich. Mándame el informe completo en cuanto lo tengas.

Colgó. Lena se recostó en la silla. Brenner cenó el sábado. Desapareció el lunes. Lo torturaron en algún sitio del puerto, probablemente un almacén abandonado. Le sacaron información. Lo

mataron. Limpiaron el cuerpo de identificación y lo tiraron al canal. Profesional. Calculado. Nada de improvisación.

La pregunta era: ¿qué información buscaban? ¿Y quién la quería?

A las nueve en punto sonó el interfono. La secretaria había llegado. Lena bajó a recibirla. Sala de interrogatorios número tres. Paredes grises, mesa metálica, sillas incómodas. Grabadora en un rincón.

La secretaria se llamaba Petra Münch. Cincuenta y tantos años, cabello rubio teñido, traje azul marino, gafas de pasta. Nerviosa. Se retorcía las manos. Lena le ofreció agua. Petra aceptó.

—Gracias por venir, señora Münch.

—¿Han encontrado al señor Brenner?

Lena asintió.

—Esta madrugada. En el canal de Speicherstadt. Muerto.

Petra palideció. Se llevó una mano a la boca.

—Dios mío.

—Lo siento.

Petra respiró hondo varias veces. Lena esperó. No había prisa. Dejó que la noticia se asentara.

—¿Cómo... cómo murió?

—Estamos investigándolo. Por eso necesito que me cuente todo lo que sepa sobre él. Cuándo lo vio por última vez, cómo estaba, si notó algo extraño.

Petra bebió agua. Se recompuso.

—La última vez que lo vi fue el viernes. En el despacho. Estaba normal. Bueno, quizá un poco tenso. Tenía una reunión importante esa tarde.

—¿Con quién?

—No lo sé. No me lo dijo. Solo que era importante y que no quería que lo molestaran.

—¿Salió esa tarde?

—Sí. Sobre las cinco. No volvió.

—¿Y el lunes?

—No apareció. Tenía una reunión con un cliente a las diez. Esperé hasta las once. Le llamé al móvil. Apagado. Llamé a su casa. Nada. A mediodía empecé a preocuparme de verdad. El señor Brenner era muy puntual. Nunca faltaba sin avisar.

—¿Contactó con alguien más?

—Con su exmujer. Vive en Berlín. Ella tampoco sabía nada. Entonces denuncié la desaparición.

Lena tomaba notas.

—¿El señor Brenner tenía enemigos?

Petra dudó.

—No que yo sepa. Era... era un hombre de negocios. A veces las negociaciones se ponían tensas. Pero nunca vi nada grave.

—¿Amenazas?

—No.

—¿Problemas económicos?

—No lo creo. La empresa iba bien.

—¿Problemas personales?

Petra bajó la mirada.

—Estaba divorciado. Sin hijos. Vivía solo. Trabajaba mucho. No sé mucho más de su vida privada.

Lena cambió de ángulo.

—¿En qué proyectos estaba trabajando últimamente?

—Varios. Pero el más importante era la reconversión de unos almacenes en HafenCity. Edificio histórico, protección patrimonial. Muy complicado.

—¿Nombre del proyecto?

—Kai Residenz. Promotora Nordhafen Development.

Lena anotó el nombre. Nordhafen Development. Lo buscaría después.

—¿Conoce a alguien de esa promotora?

—Solo de nombre. La señora Stolz. Vera Stolz. Abogada. Llevaba la parte legal del proyecto.

—¿Habló con ella recientemente?

—No lo sé. Pero el señor Brenner mencionó su nombre varias veces la semana pasada.

—¿En qué contexto?

—No oí las conversaciones. Solo el nombre. Y parecía... preocupado.

Lena levantó la vista.

—¿Preocupado cómo?

—No sabría decirlo. Solo una impresión.

Lena dejó que el silencio se alargara. Petra se removió en la silla.

—¿Cree que alguien de la promotora...?

—No sé nada todavía, señora Münch. Solo estoy recopilando información.

Petra asintió. Lena continuó con preguntas rutinarias. Media hora más. Al final dejó ir a Petra con su tarjeta de contacto. Si recordaba algo, que llamara.

Cuando Petra se fue, Lena volvió a su despacho. Krause estaba al teléfono. Colgó al verla entrar.

—¿Algo?

—Última reunión el viernes. Tensión con un proyecto en HafenCity. Promotora Nordhafen Development. Abogada llamada Vera Stolz.

Krause anotó los nombres.

—Voy a investigarlos.

—Yo también.

Lena buscó Nordhafen Development en internet. Página web corporativa. Diseño elegante, fotos de edificios modernos. Eslogan: "Construyendo el futuro de Hamburgo". Proyectos destacados en toda la ciudad. Inversión estimada: doscientos millones de euros. Sede en Rotherbaum. Directivos: Heinrich Voss, CEO. Vera Stolz, directora legal.

Lena buscó a Heinrich Voss. Empresario naviero, sesenta y tres años. Familia tradicional de Hamburgo. Fortuna estimada en quinientos millones. Vinculado a media docena de empresas. Concejales en nómina, según los rumores. Intocable.

Vera Stolz. Cuarenta años. Licenciada en Derecho por Heidelberg. Especialista en urbanismo y contratación pública. Perfil bajo. Pocas fotos. En una de ellas aparecía en un acto institucional junto a Voss. Mujer rubia, atractiva, mirada fría.

Lena cerró el navegador. Ya tenía un punto de partida. Nordhafen Development. Voss. Stolz. Brenner trabajaba para ellos. Algo salió mal. Alguien lo mató.

Miró el reloj. Las once. Jonas estaría despierto. Pensó en llamarlo. Decidió que no. Ya hablarían por la noche.

Se puso la chaqueta y salió del despacho. Krause levantó la vista.

—¿A dónde vas?

—Hafen Küche. A ver quién cenó con Brenner el sábado.

—¿Quieres compañía?

—No. Tú busca todo lo que puedas sobre Nordhafen. Contratos, licencias, denuncias. Lo que sea.

Krause asintió. Lena bajó al garaje y arrancó el Audi. Condujo hasta el Fischmarkt. El restaurante Hafen Küche estaba en una esquina con vistas al Elba. Fachada de cristal, decoración minimalista. Abierto para el almuerzo.

Lena entró. El maître la recibió con una sonrisa profesional.

—¿Mesa para una persona?

Lena sacó la placa.

—Inspectora Falk. Necesito hablar con el encargado.

La sonrisa desapareció. El maître asintió y desapareció por una puerta. Volvió con un hombre de unos cuarenta años, barba recortada, camisa blanca.

—Soy Martin Schröder, gerente del restaurante. ¿En qué puedo ayudarla?

Lena le mostró el recibo en la bolsa de pruebas.

—Este recibo es de su restaurante. Sábado noche, veintiuno treinta. Necesito saber quién lo pagó y con quién cenaba.

Schröder miró el recibo.

—Puedo consultar el sistema.

—Por favor.

Fueron a la recepción. Schröder tecleó en un ordenador. Lena esperó mirando el río a través del cristal. Barcos de carga pasaban lentamente.

—Aquí está. Mesa once. Reserva a nombre de Markus Brenner. Dos personas. Pagó con tarjeta terminada en ocho ocho dos tres.

—¿Recuerda quién era la otra persona?

Schröder negó con la cabeza.

—No estaba yo esa noche. Pero puedo preguntar al personal. Un momento.

Salió de nuevo. Lena oyó voces en la cocina. Schröder volvió con un camarero joven, delgado, pelo negro.

—Este es Lukas. Atendió esa mesa.

Lena se volvió hacia el camarero.

—¿Recuerdas a dos hombres cenando el sábado noche? Mesa once.

Lukas pensó.

—Sí. Uno llevaba traje oscuro. El otro iba más informal. Chaqueta de cuero.

—¿Cómo eran?

—El del traje era mayor. Cuarenta y tantos. Pelo castaño. El otro era más joven. Treinta y pocos. Moreno.

Lena sacó su móvil y le mostró la foto de Brenner.

—¿Este es el del traje?

Lukas miró la foto.

—Sí, ese es.

—¿Y el otro? ¿Podrías describirlo mejor?

—Alto. Metro ochenta y cinco tal vez. Complexión atlética. Pelo moreno, corto. Barba de dos días. Llevaba una chaqueta de cuero marrón. Vaqueros oscuros.

—¿De qué hablaban?

—No lo sé. Estaban en la terraza acristalada. Hablaban bajo. Parecían tensos.

—¿Tensos cómo?

—No sé. Como si estuvieran discutiendo algo serio. En un momento el del traje levantó la voz. Luego se calmó.

—¿Qué pidieron?

Lukas consultó mentalmente.

—El del traje pidió lubina. El otro, entrecot. Compartieron una botella de vino tinto. Rioja.

—¿A qué hora se fueron?

—Sobre las once. Pagó el del traje. El otro salió antes.

—¿Viste hacia dónde fueron?

—No. Mi turno terminó poco después.

Lena le dio su tarjeta.

—Si recuerdas algo más, llámame.

Lukas cogió la tarjeta y asintió. Lena salió del restaurante. El viento del Elba le golpeó la cara. Encendió un cigarrillo y caminó por el muelle. Brenner cenó con alguien el sábado. Discutieron. El tipo más joven salió antes. ¿Quién era? ¿Y de qué hablaron?

Volvió al Audi. Arrancó y condujo de vuelta a la jefatura. Tenía que encontrar a ese hombre. Era la última persona que vio a Brenner vivo. O una de las últimas.

Hamburgo seguía girando a su alrededor. El puerto, los canales, la niebla. Todo conectado. Todo parte de la misma máquina. Y en algún lugar de esa máquina había un asesino

Capítulo 1

Lena llegó a casa pasadas las diez de la noche. El piso estaba en penumbra. Solo la luz de la cocina encendida. Jonas estaba sentado a la mesa, portátil abierto, planos desplegados. Levantó la vista cuando ella entró.

—Hola.

—Hola.

Lena dejó las llaves sobre la encimera y se quitó la chaqueta. Jonas se levantó, fue hacia ella y la besó. Un beso breve, familiar. Olía a café y a loción de afeitado.

—¿Comiste algo?

—Un bocadillo en la jefatura.

—Hay pasta en la nevera.

—Gracias.

Lena abrió la nevera y sacó un táper. Pasta con verduras. Lo calentó en el microondas mientras Jonas volvía a su silla. Ella se sentó frente a él con el plato humeante.

—¿Día largo? —preguntó Jonas sin levantar la vista de los planos.

—Sí.

—¿El caso del canal?

—Sí.

Jonas trazó una línea en el plano con un lápiz rojo.

—Salió en las noticias. Gestor inmobiliario, ¿no?

Lena masticó despacio. No le gustaba hablar de casos en casa. Pero Jonas sabía leer silencios.

—Se llamaba Markus Brenner —dijo ella—. Trabajaba en proyectos del puerto.

Jonas levantó la vista. Algo cambió en su expresión.

—¿Brenner?

—Lo conocías.

No era una pregunta. Jonas dejó el lápiz.

—Coincidimos en un par de reuniones. Hace dos años. Proyecto en HafenCity.

—Kai Residenz.

—Ese mismo.

Lena dejó el tenedor.

—¿Qué tipo de proyecto era?

Jonas cerró el portátil. Se recostó en la silla.

—Reconversión de almacenes históricos en viviendas de lujo. Zona protegida. Muchas complicaciones urbanísticas. Yo hice algunos informes técnicos al principio, pero me retiré cuando vi cómo iba el asunto.

—¿Cómo iba?

Jonas titubeó.

—Turbio. Presiones a funcionarios municipales para agilizar licencias. Informes de impacto ambiental maquillados. Nada ilegal sobre el papel, pero cerca del límite.

—¿Y Brenner?

—Era el intermediario. El que negociaba con la administración. Sabía moverse en esos círculos.

Lena observó a Jonas. Conocía esa expresión. Incomodidad moral. Jonas era arquitecto, no policía. Veía la corrupción pero no podía hacer nada con ella.

—¿Quién llevaba el proyecto?

—Nordhafen Development. Heinrich Voss.

Lena asintió. Otra confirmación.

—¿Conoces a Voss?

—Solo de nombre. No trabajé directamente con él. Pero todo el mundo sabe quién es. Tiene medio ayuntamiento en el bolsillo.

—¿Y a Vera Stolz?

Jonas frunció el ceño.

—La abogada. Sí. Dura. Inteligente. Fría como el hielo. No se anda con tonterías.

—¿Hablaste con ella?

—Un par de veces. Reuniones técnicas. Me dejó claro que si no estaba dispuesto a ser flexible con los informes, sobraba.

—¿Y te retiraste?

—Me retiré.

Lena terminó la pasta en silencio. Jonas la miraba.

—¿Brenner está relacionado con Kai Residenz?

—Eso parece.

—Mierda.

—Sí.

Jonas se levantó y fue a la ventana. Miró hacia el puerto. Las luces de los barcos parpadeaban a lo lejos.

—Ten cuidado, Lena.

—Siempre tengo cuidado.

—No, me refiero a Voss. Ese hombre no juega. Si Brenner está muerto y tiene que ver con sus negocios...

—Lo sé.

Jonas se volvió.

—¿De verdad lo sabes?

Lena se levantó y llevó el plato al fregadero. Lo lavó bajo el grifo. El agua caliente le quemaba las manos.

—Es mi trabajo, Jonas.

—Tu trabajo no incluye meterte con gente que puede hacer que desaparezcas.

—Nadie va a hacerme desaparecer.

—Brenner pensaba lo mismo.

Lena cerró el grifo. Se volvió hacia él.

—Brenner no era policía. Yo sí.

Jonas negó con la cabeza.

—A veces eso no importa.

Lena cruzó los brazos. Estaba cansada. No quería discutir. Pero Jonas tenía esa expresión que conocía bien. Preocupación mezclada con frustración.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que deje el caso?

—No. Solo que tengas cuidado.

—Ya te dije que lo tengo.

Jonas suspiró. Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros.

—No quiero perderte.

Lena apoyó la frente en su pecho. Olía a algodón limpio.

—No vas a perderme.

Se quedaron así un momento. Luego Jonas la besó en la cabeza y se apartó.

—Voy a terminar esto —dijo señalando los planos—. ¿Te vienes a la cama pronto?

—En un rato.

Jonas salió de la cocina. Lena oyó sus pasos en el pasillo, la puerta del dormitorio cerrándose. Se quedó sola. Sacó el móvil y revisó los mensajes. Uno de Krause: "Mañana 8 AM. Despacho de Brenner. Registro autorizado". Otro de Dietrich: "Informe de autopsia completo adjunto".

Abrió el informe. Fotos del cadáver sobre la mesa metálica. Planos detallados de las heridas. Lena leyó con atención. Causa de muerte confirmada: estrangulación con cable fino, probablemente metálico. Tortura previa: once cortes superficiales en cuello y hombros, siete quemaduras de cigarrillo en pecho y abdomen, tres costillas fracturadas, hematomas múltiples. Tiempo estimado de tortura: entre treinta minutos y una hora. Contenido estomacal: pescado, verduras, vino tinto. Compatible con la cena del sábado. Alcohol en sangre: 0,4 gramos por litro. Moderado. ADN bajo las uñas: en análisis. Astillas de madera en pie derecho: roble tratado con barniz industrial, antigüedad estimada cincuenta años.

Lena cerró el archivo. Treinta minutos de tortura. Alguien quería información y no tuvo prisa en conseguirla. Eso requería un sitio aislado. Sin testigos. Un almacén abandonado era lo más probable. En el puerto había docenas.

Buscó en su móvil un mapa de la zona portuaria. Marcó los almacenes en desuso que conocía. Viejas instalaciones navieras, edificios industriales abandonados, galpones olvidados. Mañana pediría a la científica que buscara coincidencias con las astillas. Era una posibilidad remota pero había que explorarla.

Apagó el móvil y se sentó en el sofá del salón. La noche era silenciosa. Solo el rumor lejano del tráfico. Pensó en Brenner. En su última cena. En la discusión con el hombre de la chaqueta de cuero. ¿Quién era? ¿Un socio? ¿Un comprador? ¿Un competidor? El camarero dijo que parecían tensos. Brenner levantó la voz. Luego se calmó. El otro se fue primero.

Dos días después Brenner estaba muerto.

Lena cerró los ojos. Necesitaba dormir. Mañana sería largo.

A las ocho de la mañana estaba frente al edificio de Norddeutsche Projektentwicklung en Eppendorf. Cinco plantas de cristal y acero. Recepción minimalista. Krause esperaba en el vestíbulo con dos cafés. Le pasó uno a Lena.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Lista?

—Lista.

Subieron en ascensor hasta la tercera planta. Despacho de Markus Brenner. Una agente uniformada montaba guardia en la puerta. Les franqueó el paso. Dentro, Petra Münch esperaba sentada en una silla. Se levantó al verlos entrar.

—Inspectora.

—Señora Münch. Gracias por venir.

—Claro.

Lena miró alrededor. Despacho amplio. Ventana con vistas a un parque. Escritorio de madera oscura, ordenador, archivadores. Todo ordenado. Demasiado ordenado para un hombre que llevaba dos días muerto.

—¿Alguien ha entrado aquí desde el lunes?

Petra negó.

—Nadie. Yo misma cerré con llave el viernes cuando él se fue. No he abierto hasta esta mañana.

Lena se puso guantes de látex. Krause hizo lo mismo. Empezaron por el escritorio. Cajones llenos de documentos, bolígrafos, carpetas. Facturas, contratos, presupuestos. Todo relacionado con proyectos inmobiliarios. Lena revisó cada papel. Nada destacable. Trabajo rutinario.

El ordenador estaba apagado. Lena lo encendió. Pidió contraseña. Miró a Petra.

—¿Sabe la contraseña?

—No. El señor Brenner era muy celoso con su ordenador.

Lena llamó a la científica. Veinte minutos después llegó un técnico con un portátil. Conectó cables al ordenador de Brenner y empezó a trabajar. Lena dejó que hiciera su trabajo y siguió registrando el despacho.

En uno de los archivadores encontró carpetas etiquetadas por proyecto. HafenCity. Wilhelmsburg. Altona. Kai Residenz. Sacó la carpeta de Kai Residenz y la abrió sobre el escritorio. Planos, licencias, informes técnicos. Presupuesto: setenta y cinco millones de euros. Promotora: Nordhafen Development. Arquitecto principal: firma internacional. Consultor urbanístico: Jonas Keller.

Lena sintió algo en el estómago. Ahí estaba el nombre de Jonas. Informes técnicos fechados dos años atrás. Evaluación de impacto urbanístico. Recomendaciones estructurales. Firma de Jonas al pie de cada documento. Todo legal. Todo profesional. Pero ahí estaba.

Krause miró por encima de su hombro.

—¿Conoces a ese arquitecto?

Lena cerró la carpeta.

—Es mi pareja.

Krause no dijo nada. Lena sabía lo que pensaba. Conflicto de intereses. Posible recusación. Pero Jonas se había retirado del proyecto hacía dos años. No había nada que recusar.

—Se retiró cuando vio que el proyecto iba por mal camino —añadió Lena—. Hace dos años. Antes de que Brenner muriera.

Krause asintió.

—De acuerdo.

Siguieron registrando. En otra carpeta encontraron correspondencia con Vera Stolz. Emails impresos. Lena los leyó. Intercambios formales sobre licencias, plazos, modificaciones. Nada extraño hasta el último email. Fecha: jueves pasado, dos días antes de que Brenner desapareciera.

"Markus: necesito que vengas a mi despacho mañana a las 17:00. Asunto urgente. No avises a nadie. V.S."

Respuesta de Brenner: "Estaré allí."

Lena mostró el email a Krause.

—El viernes a las cinco. Brenner salió del despacho y no volvió.

—Vera Stolz.

—Exacto.

El técnico levantó la vista desde el ordenador.

—Ya está. Tienen acceso.

Lena se sentó frente al ordenador. Abrió el correo electrónico de Brenner. Cientos de mensajes. Empezó a revisar los más recientes. Intercambios rutinarios con clientes, proveedores, compañeros. Nada fuera de lo normal hasta que llegó a un email del miércoles anterior. Remitente: dirección anónima, servidor extranjero.

"Sé lo que hiciste. Sé lo que sabes. O hablas conmigo o hablo yo con quien corresponda."

No había respuesta de Brenner.

Lena miró a Krause.

—Chantaje.

—O advertencia.

Lena reenvió el email a su propia cuenta. Siguió buscando. Encontró otro mensaje del mismo remitente dos días después, el viernes.

"Última oportunidad. Hoy, 19:00, almacén 47, zona industrial Wilhelmsburg. Ven solo."

Tampoco había respuesta.

Lena sintió que algo encajaba. Brenner recibió la citación de Vera Stolz para las cinco de la tarde. Recibió la citación del remitente anónimo para las siete. ¿Fue a ambas? ¿O solo a una?

—Tenemos que saber dónde estuvo Brenner el viernes entre las cinco y las diez —dijo Lena.

Krause anotó.

—Rastreo de móvil.

—Sí. Y quiero saber quién mandó estos emails.

—Los servidores anónimos no son fáciles de rastrear.

—Lo sé. Pero intenta.

Siguieron revisando el ordenador. Archivos, documentos, hojas de cálculo. Proyectos de Nordhafen. Presupuestos inflados, sobrecostos sospechosos, facturas duplicadas. Brenner guardaba información comprometedora. ¿Por qué? ¿Seguro de vida? ¿Palanca de negociación?

En una carpeta oculta encontraron algo más. Fotografías. Imágenes de un edificio en construcción. Kai Residenz. Pero también fotos de personas. Reuniones en restaurantes. Entregas de sobres. Un hombre entregando dinero a un funcionario municipal. El hombre era Heinrich Voss. El funcionario no lo identificó Lena de inmediato, pero la placa en su mesa lo delataba: Departamento de Urbanismo.

—Brenner documentaba la corrupción —dijo Krause.

—Y alguien se enteró.

Lena copió todas las fotos en una memoria USB. Pruebas. Suficientes para abrir una investigación contra Voss. Pero también suficientes para que Voss quisiera a Brenner muerto.

Terminaron el registro dos horas después. Se llevaron el ordenador, las carpetas, los archivos. Petra Münch los observaba desde la puerta con expresión desolada.

—¿Necesitan algo más?

—No por ahora. Gracias, señora Münch.

Bajaron al vestíbulo cargados de cajas. Las metieron en el coche y volvieron a la jefatura. En el despacho, Lena extendió todo sobre las mesas. Krause preparó café. Empezaron a clasificar.

A mediodía entró el comisario Hoffmann. Cincuenta y ocho años, calvo, traje gris. Expresión seria.

—Falk, Krause. En mi despacho.

Lena miró a Krause. Siguieron a Hoffmann. Su despacho estaba en la cuarta planta. Ventanas grandes, vista al puerto. Hoffmann se sentó detrás de su escritorio. No les ofreció asiento.

—¿Qué tienen sobre Markus Brenner?

Lena expuso los hechos. El cadáver, la tortura, los emails, las pruebas de corrupción, la conexión con Nordhafen Development.

Hoffmann escuchó sin interrumpir. Cuando Lena terminó, se recostó en su silla.

—Heinrich Voss.

—Sí.

—Saben quién es.

—Sí.

—Y aun así quieren investigarlo.

—Es un sospechoso claro.

Hoffmann suspiró.

—Voss tiene amigos en todas partes. Políticos, jueces, empresarios. Si van tras él sin pruebas sólidas, los aplastarán.

—Tenemos pruebas. Fotos, emails, documentos.

—Circunstanciales. Nada que lo vincule directamente con el asesinato.

—Todavía.

Hoffmann se inclinó hacia adelante.

—Escúchenme bien. Pueden seguir investigando. Pero sean discretos. Nada de ruido. Nada de filtraciones. Y sobre todo, nada de acusaciones prematuras. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Lena.

Hoffmann las miró fijamente.

—Si esto explota, no podré protegerlas.

—No necesitamos protección.

Hoffmann sonrió sin humor.

—Eso creen.

Los despidió con un gesto. Lena y Krause volvieron a su despacho. Cerraron la puerta.

—Nos están advirtiendo —dijo Krause.

—Lo sé.

—Podemos pedir que reasignen el caso.

Lena lo miró.

—¿Tú quieres dejarlo?

Krause negó.

—No.

—Entonces seguimos.

Pasaron la tarde analizando las pruebas. El técnico informático rastreó los emails anónimos. Servidores en Rusia, rebotes múltiples. Imposible rastrear sin una orden internacional. Lena la solicitó de todos modos. Tardaría semanas.

El rastreo del móvil de Brenner dio más resultados. El viernes a las 17:15 estuvo en Rotherbaum. Oficinas de Nordhafen Development. Se quedó allí hasta las 18:30. Luego se movió hacia Wilhelmsburg. Zona industrial. A las 19:05 su señal se detuvo en el almacén 47. A las 20:20 el móvil se apagó. No volvió a encenderse.

Lena trazó el recorrido en un mapa. Brenner fue a ver a Vera Stolz. Estuvo con ella más de una hora. Luego fue al almacén. Allí lo esperaba alguien. Lo torturaron. Lo mataron. Apagaron su móvil.

—Tenemos que ir a ese almacén —dijo Lena.

—Ahora.

Cogieron el coche. Condujeron hasta Wilhelmsburg. Zona industrial decadente. Naves abandonadas, grúas oxidadas, malas hierbas creciendo en el asfalto roto. Encontraron el almacén 47. Edificio de ladrillo gris, ventanas rotas, puerta metálica cerrada con cadena.

Lena bajó del coche. Miró alrededor. Nadie. Solo silencio y viento. Se acercó a la puerta. La cadena estaba nueva. Cerradura reciente. Alguien había asegurado el sitio después.

—Krause, la palanca.

Krause sacó una palanca del maletero. Forzó la cadena. Dos intentos. La cadena cedió. Abrieron la puerta. Dentro, oscuridad.

Lena encendió una linterna. El haz de luz recorrió el interior. Espacio amplio, techo alto, vigas de acero. Suelo de cemento agrietado. Olor a humedad y a óxido. Y algo más. Olor metálico. Sangre.

Avanzaron despacio. Las linternas proyectaban sombras danzantes. Al fondo del almacén encontraron una silla metálica. En el suelo, manchas oscuras. Lena se arrodilló. Sangre seca. Mucha.

—Aquí lo torturaron.

Krause iluminó el resto de la zona. Más manchas. Marcas de arrastre. Colillas de cigarrillos en el suelo. Un cable metálico abandonado en una esquina.

Lena llamó a la científica. Media hora después llegó el equipo. Focos, cámaras, kits de recogida de pruebas. Lena y Krause se apartaron y los dejaron trabajar.

—El ADN de la sangre coincidirá con Brenner —dijo Krause.

—Sin duda.

—Pero no nos dice quién lo hizo.

—No. Pero confirma que fue premeditado. Alguien eligió este sitio, preparó la silla, trajo las herramientas.

—¿Vera Stolz?

Lena negó.

—Ella no se ensuciaría las manos. Contrató a alguien.

—¿O Voss?

—Posiblemente. Pero necesitamos pruebas.

El técnico jefe se acercó.

—Inspectora, tenemos huellas. En la silla, en el cable. Y colillas con ADN.

—Bien. Comparen con la base de datos.

—Ahora mismo.

Lena salió del almacén. Necesitaba aire fresco. Krause la siguió. Se apoyaron en el coche. El sol se ponía sobre Hamburgo. El cielo era una mezcla de naranja y gris.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Krause.

—Interrogar a Vera Stolz.

—Nos va a poner un abogado delante.

—Probablemente.

—Y negará todo.

—Seguro.

Krause sonrió.

—¿Entonces para qué vamos?

—Para que sepa que vamos a por ella.

Volvieron a la jefatura. Eran las ocho de la noche. Lena llamó a Nordhafen Development. Contestó una recepcionista.

—Necesito hablar con Vera Stolz.

—La señora Stolz no está disponible.

—Soy la inspectora Falk de la policía criminal de Hamburgo. Es sobre Markus Brenner.

Silencio al otro lado.

—Un momento, por favor.

Música de espera. Dos minutos. Luego una voz femenina, fría, controlada.

—Vera Stolz.

—Inspectora Falk. Necesito que venga a comisaría mañana a las diez para declarar sobre Markus Brenner.

—¿De qué se me acusa?

—De nada. Simplemente queremos hacerle unas preguntas.

—¿Es obligatorio?

—Puede serlo si es necesario.

Pausa.

—Iré a las diez. Pero con mi abogado.

—Como prefiera.

Colgó. Lena miró a Krause.

—Mañana a las diez.

—Será divertido.

Lena recogió sus cosas. Eran casi las nueve. Jonas estaría en casa esperándola. Necesitaba verlo. Necesitaba normalidad, aunque fuera durante unas horas.

Condujo hasta el piso. Jonas estaba en la cocina preparando la cena. Pollo al horno, verduras. Olía bien.

—Hola.

—Hola. ¿Hambre?

—Mucha.

Cenaron juntos en la mesa de la cocina. Lena le contó sobre el registro del despacho, el almacén, Vera Stolz. Jonas escuchaba sin interrumpir. Cuando Lena terminó, él dejó el tenedor.

—Fui a ese almacén hace dos años. Cuando trabajaba para Nordhafen.

Lena lo miró.

—¿Qué?

—El almacén 47. Es propiedad de Nordhafen. Iban a reconvertirlo en oficinas pero el proyecto se paró por problemas de financiación.

—¿Voss lo sabe?

—Claro. Es de su propiedad.

Lena sintió que otra pieza encajaba. Voss tenía acceso al almacén. Sabía que estaba vacío. El sitio perfecto para deshacerse de alguien.

—¿Alguien más tiene llaves?

—Seguramente Vera Stolz. Ella gestiona todas las propiedades.

Lena se levantó y fue a la ventana. Miraba el puerto sin verlo realmente. Todo apuntaba a Voss y Stolz. Pero necesitaba el vínculo directo. El ejecutor. El hombre que torturó a Brenner.

Jonas se acercó por detrás y le puso las manos en los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No pareces bien.

Lena se volvió. Lo miró a los ojos.

—Voy a necesitar que declares todo lo que sabes sobre Nordhafen.

Jonas palideció ligeramente.

—¿Declarar?

—Sí. Oficialmente.

—Lena, yo solo trabajé como consultor. No vi nada ilegal directamente.

—Pero viste cosas sospechosas. Me lo dijiste tú mismo.

Jonas se apartó.

—Sospechas no son pruebas.

—Lo sé. Pero tu testimonio puede ayudar a construir el caso.

Jonas se pasó una mano por el pelo.

—Si declaro contra Voss, mi carrera en Hamburgo se acaba.

—Tu carrera sobrevivirá. Brenner no.

Jonas la miró con expresión dolida.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que antepongo mi carrera a la justicia?

—No. Pienso que tienes miedo. Y lo entiendo. Pero necesito que hagas lo correcto.

Jonas negó con la cabeza.

—No puedes pedirme esto.

—Ya te lo estoy pidiendo.

Se miraron en silencio. El aire entre ellos estaba cargado. Finalmente Jonas habló.

—Necesito pensarlo.

—De acuerdo.

Jonas salió de la cocina. Lena oyó la puerta del dormitorio cerrarse. Se quedó sola. Sabía que esto pasaría. Sabía que el caso acabaría rozando su vida personal. Pero no esperaba que doliera tanto.

Se sirvió una copa de vino y se sentó en el sofá. Bebió despacio. El piso estaba en silencio. Solo el rumor lejano de la ciudad.

Su móvil vibró. Mensaje de Krause: "El ADN de las colillas coincide con un tipo en la base de datos. Ralf Mehmet, 34 años, antecedentes por agresión y extorsión. Última dirección conocida: Altona. Mañana temprano vamos a por él".

Lena respondió: "De acuerdo".

Apagó el móvil. Terminó el vino. Se quedó mirando la ventana. Hamburgo brillaba en la oscuridad. Luces de barcos, de grúas, de edificios. Una ciudad que nunca dormía. Una ciudad que guardaba secretos.

Lena cerró los ojos. Mañana interrogarían a Vera Stolz. Buscarían a Ralf Mehmet. Avanzarían.

El caso estaba vivo. Y ella también.

Capítulo 2

Lena se despertó a las seis. Jonas ya no estaba en la cama. Encontró una nota en la cocina: "Reunión temprano. Hablamos esta noche". La letra era tensa, apresurada. Lena arrugó el papel y lo tiró a la basura.

Se duchó, se vistió, salió del piso. El aire de la mañana olía a lluvia reciente. Condujo hasta Altona mientras el sol intentaba abrirse paso entre las nubes. La dirección de Ralf Mehmet correspondía a un edificio de pisos de los años setenta. Fachada gris, balcones con ropa tendida, grafitis en el portal.

Krause la esperaba aparcado frente al edificio. Bajó del coche cuando vio llegar a Lena.

—Tercer piso, puerta B —dijo—. He pedido refuerzos. Mehmet tiene historial violento.

Dos coches patrulla aparecieron por la esquina. Cuatro agentes uniformados. Lena les hizo una señal y todos subieron al edificio. El ascensor no funcionaba. Subieron por las escaleras. Olor a col hervida y a humedad.

Tercer piso. Lena se colocó a un lado de la puerta B. Krause al otro. Los agentes uniformados detrás. Lena golpeó con los nudillos.

—¡Policía! Abra la puerta.

Silencio. Lena volvió a golpear.

—¡Ralf Mehmet! Policía de Hamburgo. Abra o derribamos la puerta.

Ruido dentro. Pasos rápidos. Lena hizo una seña. Dos agentes se adelantaron con el ariete. Un golpe. La puerta cedió. Entraron en tromba.

Pasillo estrecho, salón pequeño. Un hombre intentaba salir por la ventana del fondo. Alto, complexión atlética, pelo rapado. Ralf Mehmet.

—¡Alto! ¡Policía!

Mehmet saltó por la ventana. Escalera de incendios. Lena corrió tras él. Salió a la escalera metálica. Mehmet bajaba a toda velocidad. Lena le siguió, agarrándose a la barandilla oxidada. Tres pisos, dos, uno. Mehmet saltó al callejón trasero y echó a correr.

Lena saltó detrás de él. Aterrizó mal, dolor en el tobillo. Siguió corriendo. Krause apareció por el otro extremo del callejón, cortándole el paso a Mehmet. El hombre giró, buscó una salida. No había ninguna. Lena se acercó, pistola en mano.

—Al suelo. Ahora.

Mehmet levantó las manos.

—Tranquila.

—Al suelo he dicho.

Mehmet se arrodilló. Uno de los agentes lo esposó. Lena guardó la pistola, respirando agitadamente. El tobillo le dolía pero aguantaba.

Subieron a Mehmet al coche patrulla. Lena y Krause volvieron al piso. Registraron cada habitación. En el dormitorio encontraron ropa sucia, un colchón en el suelo, poco más. En la cocina, platos sin lavar, basura acumulada. En el baño, un botiquín con analgésicos y vendas.

En el armario del salón encontraron algo más interesante. Una chaqueta de cuero marrón. Lena la sacó y la examinó. En el bolsillo interior había un recibo arrugado. Restaurante Hafen Küche. Sábado noche. Mesa once.

Lena miró a Krause.

—Él.

—El que cenó con Brenner.

—Exacto.

Guardaron la chaqueta en una bolsa de pruebas. Siguieron registrando. Debajo del colchón encontraron un sobre con tres mil euros en efectivo. Billetes de cincuenta. Sin marcar. En un cajón, un móvil desechable. Lena lo encendió. Sin contactos guardados. Registro de llamadas borrado. Pero en los mensajes borrados, la forense digital podría recuperar algo.

Volvieron a la jefatura con Mehmet. Lo metieron en una sala de interrogatorios. Lena le dejó esperar dos horas. Técnica básica. Que se pusiera nervioso.

A las diez menos cuarto, Vera Stolz llegó a la jefatura. Lena la vio desde la ventana de su despacho. Mujer rubia, cuarenta años, traje sastre gris, tacones altos. Caminaba con seguridad. A su lado, un hombre de sesenta años con maletín. Abogado. Caro, por el aspecto.

Lena bajó a recibirlos. Sala de interrogatorios número dos. Más cómoda que la uno. Para testigos, no sospechosos. Todavía.

—Señora Stolz, gracias por venir.

Vera extendió la mano. Apretón firme, frío.

—Inspectora Falk.

—Este es mi compañero, el inspector Krause.

El abogado se presentó.

—Doctor Werner Lange, representante legal de la señora Stolz y de Nordhafen Development.

Se sentaron. Lena puso la grabadora en marcha.

—Interrogatorio a la testigo Vera Stolz. Presente su abogado, doctor Werner Lange. Inspectores Lena Falk y Martin Krause. Caso

Markus Brenner.

Vera cruzó las piernas. Expresión neutra. Manos quietas sobre la mesa.

—¿Conocía usted a Markus Brenner? —preguntó Lena.

—Sí. Trabajábamos juntos en varios proyectos.

—¿Qué tipo de relación tenían?

—Profesional. Él era gestor inmobiliario. Yo soy directora legal de Nordhafen Development. Coordinábamos asuntos administrativos.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Vera no titubeó.

—El viernes pasado. En mi despacho.

—¿A qué hora?

—Entre las cinco y las seis y media de la tarde.

—¿De qué hablaron?

Vera miró a su abogado. Lange asintió levemente.

—De un proyecto. Kai Residenz. Había discrepancias sobre unos informes técnicos. Quería aclararlo con él personalmente.

—¿Qué tipo de discrepancias?

—Técnicas. Presupuestos que no cuadraban. Nada grave.

Lena sacó una copia del email que Vera había enviado a Brenner.

—"Asunto urgente. No avises a nadie." ¿Por qué ese tono si solo eran discrepancias técnicas?

Vera no se inmutó.

—Prefería tratarlo discretamente. Los proyectos de esta envergadura generan rumores. No quería alimentarlos.

—¿Brenner estaba nervioso cuando llegó?

—No especialmente.

—¿Discutieron?

—Conversamos. Con cierta tensión, quizá. Pero nada fuera de lo normal.

—¿Le pidió dinero?

—No.

—¿La amenazó?

—Por supuesto que no.

Lena cambió de táctica.

—¿Sabía que Brenner documentaba irregularidades en los proyectos de Nordhafen?

Lange intervino.

—Inspectora, esa pregunta es tendenciosa.

—Es una pregunta simple, doctor Lange.

Vera respondió sin alterarse.

—No sé de qué irregularidades habla.

Lena abrió una carpeta y puso sobre la mesa copias de las fotos que encontraron en el ordenador de Brenner. Heinrich Voss entregando dinero a un funcionario municipal.

—Estas irregularidades.

Vera miró las fotos. Ni un parpadeo.

—No sé qué son esas imágenes ni de dónde vienen.

—Vienen del ordenador de Markus Brenner.

—Pueden estar manipuladas.

—Nuestros técnicos confirman que son auténticas.

Lange golpeó la mesa suavemente con los nudillos.

—Inspectora, mi clienta ha venido voluntariamente a responder preguntas sobre el señor Brenner. No a ser acusada de nada. Si tiene cargos concretos que formular, hágalo. Si no, terminemos aquí.

Lena ignoró al abogado.

—Señora Stolz, ¿dónde estuvo el viernes entre las siete y las diez de la noche?

—En mi piso. Sola.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—No. Vivo sola.

—¿No salió en toda la noche?

—No.

—¿Conoce el almacén 47 en Wilhelmsburg?

Por primera vez, algo cruzó el rostro de Vera. Una sombra. Duró un segundo.

—Es propiedad de Nordhafen. Un proyecto parado.

—¿Tiene usted las llaves?

—Tengo acceso a todas las propiedades de la empresa.

—¿Estuvo allí el viernes?

—No.

—¿Sabe que Markus Brenner fue torturado y asesinado en ese almacén?

Lange se levantó.

—Inspectora, esta conversación ha terminado. Si quiere interrogar a mi clienta como sospechosa, necesita pruebas y una orden judicial.

Lena se recostó en la silla.

—Por ahora es testigo, doctor Lange. Pero eso puede cambiar.

Vera se levantó. Alisó su falda. Miró a Lena a los ojos.

—Markus Brenner era un colega. Lamento su muerte. Pero no tengo nada más que añadir.

Salió de la sala seguida por Lange. Lena apagó la grabadora. Krause silbó bajito.

—Fría como el hielo.

—Sí. Pero se puso nerviosa cuando mencionaste el almacén.

—Lo vi.

—Sabe algo. Pero no va a hablar.

Lena se levantó. Tenían que presionar desde otro ángulo. Ralf Mehmet.

Subieron a la sala de interrogatorios número uno. Mehmet seguía esposado a la silla. Había sudado. La camiseta se le pegaba al pecho. Levantó la vista cuando entraron.

—Llevo aquí tres horas.

—Dos —corrigió Lena—. Ralf Mehmet, treinta y cuatro años. Antecedentes por agresión, extorsión, lesiones graves. Dos años en prisión. Libertad condicional desde hace seis meses.

—Ya cumplí mi condena.

—Y ahora vuelves a las andadas.

—No he hecho nada.

Lena puso sobre la mesa una foto de Markus Brenner. El cadáver sobre la mesa de autopsias.

—¿Conoces a este hombre?

Mehmet miró la foto. Tragó saliva.

—No.

—Markus Brenner. Gestor inmobiliario. Cenaste con él el sábado en el Hafen Küche.

—No sé de qué hablas.

Lena puso la chaqueta de cuero sobre la mesa.

—Tu chaqueta. Encontrada en tu armario. Con un recibo del restaurante. Mesa once. Sábado noche.

Mehmet apretó los labios.

—Vale. Cené con él. ¿Y qué?

—¿Por qué?

—Me debía dinero.

—¿Qué tipo de dinero?

—Un trabajo. Hace unos meses.

—¿Qué trabajo?

Mehmet se encogió de hombros.

—Nada ilegal. Seguridad. Vigilancia de un sitio.

—¿Qué sitio?

—Un almacén en Wilhelmsburg.

Lena sintió que algo se tensaba dentro de ella.

—¿El almacén 47?

Mehmet no respondió. Lena se inclinó sobre la mesa.

—Te pago Brenner para vigilar el almacén donde luego lo mataron. Qué casualidad.

—No lo maté.

—Tú ADN está en el almacén. En las colillas. En el cable con el que lo estrangularon.

Mehmet palideció.

—Eso es mentira.

—Es ciencia. No miente.

Mehmet respiró agitadamente. Miró a su alrededor como buscando una salida.

—Necesito un abogado.

—Tendrás uno. Pero antes vamos a hablar tú y yo.

Lena dejó que el silencio se alargara. Mehmet sudaba más. Finalmente habló.

—Yo no lo maté. Solo vigilaba el almacén.

—¿Para quién?

—Para él. Para Brenner.

—¿Por qué necesitaba vigilancia?

—No lo sé. Me pagó quinientos euros por dos semanas. Solo tenía que asegurarme de que nadie entrara.

—¿Y el viernes?

Mehmet dudó.

—Me llamó. Dijo que iba a encontrarse allí con alguien. Me pidió que me fuera una hora. Que volviera luego.

—¿Te dijo con quién iba a encontrarse?

—No.

—¿Y volviste?

—Sí. Una hora después. El almacén estaba cerrado. Pensé que todo había ido bien.

—¿No entraste?

—No. No tenía llave. Solo vigilaba desde fuera.

Lena sacó una foto del cable ensangrentado.

—Este cable tiene tus huellas.

Mehmet negó con vehemencia.

—Imposible. Yo nunca entré ahí.

—¿Fumaste dentro del almacén?

—No. Nunca entré, joder.

Lena miró a Krause. Algo no cuadraba. Si Mehmet decía la verdad, alguien había plantado pruebas. O mentía descaradamente.

—¿Viste a alguien entrar o salir del almacén esa noche?

—Vi un coche. Llegó sobre las siete y cuarto. Un BMW negro. Cristales tintados.

—¿Viste quién conducía?

—No. Estaba oscuro. Y me largué como me dijo Brenner.

—¿Volviste?

—A las ocho y media. El BMW ya no estaba. Todo cerrado. Me fui.

—¿A dónde?

—A casa.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Vivo solo.

—Muy conveniente.

Mehmet golpeó la mesa con las manos esposadas.

—No maté a Brenner. ¿Por qué iba a matarlo? Me pagaba bien.

—Quizá te pagaron mejor por matarlo.

—¡No!

Lena se levantó.

—Te quedas detenido. Homicidio.

—¡Necesito un abogado!

—Tendrás uno.

Salieron de la sala. Mehmet gritaba algo pero Lena cerró la puerta.

—¿Le crees? —preguntó Krause.

—No estoy segura. Pero lo del BMW es verificable. Pide las cámaras de tráfico de la zona. Si pasó un BMW negro por Wilhelmsburg esa noche, tiene que estar grabado.

—Lo hago ahora.

Lena volvió a su despacho. Eran las dos de la tarde. No había comido. Le dolía el tobillo. Se sentó y revisó los informes del laboratorio. El ADN de las colillas coincidía con el de Mehmet. El del cable también. Pero eso podía significar dos cosas: o Mehmet mentía y él mismo lo hizo, o alguien usó elementos que Mehmet había tocado para inculparlo.

Su móvil sonó. Número desconocido. Lena contestó.

—¿Inspectora Falk?

—Sí.

—Soy Thomas Brenner. Hermano de Markus.

Lena se irguió.

—Señor Brenner. Lamento su pérdida.

—Gracias. Estoy en Hamburgo. He venido a identificar el cuerpo. ¿Podríamos hablar?

—Por supuesto. ¿Dónde está?

—En el hotel Atlantic. ¿Puede venir?

—Estaré allí en media hora.

Colgó. Lena se puso la chaqueta y salió. El hotel Atlantic estaba en el centro, junto al lago Alster. Edificio elegante, portero con uniforme. Lena entró en el vestíbulo. Llamó a Thomas Brenner. Bajó cinco minutos después.

Cincuenta años, alto, delgado. Pelo cano, gafas. Parecido físico con Markus pero más marcado. Ojeras profundas.

—Inspectora Falk.

—Señor Brenner. Gracias por recibirme.

Se sentaron en el bar del hotel. Thomas pidió café. Lena también.

—¿Cómo está llevándolo? —preguntó Lena.

—Como puedo. Markus y yo no éramos muy cercanos últimamente. Pero sigue siendo mi hermano.

—¿Cuándo hablaron por última vez?

—Hace tres semanas. Por teléfono. Llamó para felicitarme por mi cumpleaños.

—¿Cómo estaba?

Thomas pensó.

—Tenso. Le pregunté si todo iba bien. Dijo que sí, pero noté algo raro.

—¿Qué tipo de raro?

—No lo sé. Como si estuviera preocupado. Le insistí. Dijo que eran cosas del trabajo. Que no me preocupara.

—¿Mencionó algún nombre?

—No. Solo dijo que había metido la mano en algo turbio y que estaba intentando salir.

Lena tomó notas.

—¿Algo turbio relacionado con su trabajo?

—Supongo. Markus siempre estuvo metido en ese mundo. Promociones, contratos, dinero. No me extrañaba.

—¿Sabía que documentaba irregularidades?

Thomas frunció el ceño.

—¿Irregularidades?

—Corrupción. Sobornos. Tenemos pruebas de que su hermano guardaba información comprometedora.

Thomas se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Markus siempre fue ambicioso. A veces demasiado. Pero no era mala persona.

—No digo que lo fuera.

—Entonces, ¿por qué lo mataron?

—Eso intento averiguar. ¿Su hermano mencionó alguna vez a Heinrich Voss o a Vera Stolz?

Thomas negó.

—No que yo recuerde.

—¿Nordhafen Development?

—Sí. Esa sí. Dijo que trabajaba para ellos. Proyecto grande. Mucho dinero.

—¿Mencionó problemas con ese proyecto?

—No directamente. Pero en esa última conversación dijo algo extraño.

—¿Qué?

—Dijo: "A veces sabes demasiado y eso te convierte en un problema".

Lena sintió un escalofrío.

—¿Esas palabras exactas?

—Sí. Le pregunté qué quería decir. Se rió. Dijo que nada, que eran tonterías. Pero no sonaba convincente.

Lena anotó la frase. Markus Brenner sabía que estaba en peligro. Por eso documentaba todo. Por eso vigilaba el almacén. Se estaba protegiendo. Pero no fue suficiente.

—¿Su hermano tenía enemigos?

—No lo sé. Llevábamos vidas muy diferentes. Yo soy profesor en Berlín. Él era hombre de negocios en Hamburgo. Nos veíamos dos veces al año como mucho.

—¿Alguna vez mencionó amenazas?

—No.

Thomas bebió su café. Tenía las manos temblorosas. Lena sintió pena por él. Había venido a identificar a su hermano muerto y ahora se enteraba de que estuvo metido en corrupción.

—¿Necesita algo más de mí, inspectora?

—Por ahora no. Pero si recuerda algo, llámeme.

Le dio su tarjeta. Thomas la guardó en el bolsillo. Se levantó.

—Atrape a quien lo hizo.

—Lo haré.

Thomas subió a su habitación. Lena salió del hotel. Eran las cuatro. El cielo estaba gris, amenazaba lluvia. Caminó por la orilla del lago Alster. Necesitaba pensar.

Markus sabía que corría peligro. Documentó las pruebas. Contrató a Mehmet para vigilar el almacén. Citó a alguien allí. ¿A quién? ¿A Vera Stolz? ¿A Voss? ¿Al remitente anónimo de los emails?

Y ese BMW negro. Alguien llegó al almacén mientras Mehmet se había ido. Alguien torturó a Brenner. Alguien lo mató.

Su móvil sonó. Krause.

—Tenemos el BMW. Cámaras de tráfico lo captaron entrando en Wilhelmsburg a las 19:12 y saliendo a las 20:45. Matrícula registrada a nombre de una empresa. Adivina cuál.

—Nordhafen Development.

—Exacto.

Lena cerró los ojos. Ahí estaba. La conexión directa.

—¿Quién condujo esa noche?

—Estamos en ello. Pero hay algo más. He rastreado las llamadas del móvil de Brenner. La tarde del viernes recibió tres llamadas. Una

de Vera Stolz a las 16:30. Una de un número desconocido a las 18:00. Y otra de Vera Stolz a las 18:45.

—¿Qué le dijo?

—No lo sabemos. Pero la última llamada duró tres minutos.

—Vera lo citó en el almacén.

—O le advirtió que no fuera.

Lena pensó.

—No. Si quisiera advertirle, lo habría hecho antes. La llamó después de la reunión en su despacho. Para confirmar algo.

—¿El encuentro en el almacén?

—Posiblemente.

Lena volvió al coche. Condujo de regreso a la jefatura. Krause la esperaba en el despacho con nueva información.

—El BMW está registrado a nombre de Nordhafen pero asignado a un conductor habitual. Se llama Andreas Kurz. Cincuenta y dos años. Chofer personal de Heinrich Voss desde hace diez años.

—¿Dónde está ahora?

—En la sede de Nordhafen. He pedido que venga a declarar.

—Bien.

Andreas Kurz llegó una hora después. Hombre bajo, fornido, pelo gris cortado al cero. Traje oscuro, expresión impasible. Lena lo hizo pasar a la sala de interrogatorios.

—Señor Kurz, gracias por venir.

Kurz asintió sin decir nada.

—¿Conocía a Markus Brenner?

—De vista. Trabajaba para la empresa.

—¿Condujo usted el BMW de Nordhafen el viernes pasado?

—Sí. Siempre lo conduzco. Es mi trabajo.

—¿A dónde lo llevó esa noche?

—A ningún sitio. No trabajé el viernes por la noche.

Lena sacó las imágenes de las cámaras de tráfico. El BMW entrando en Wilhelmsburg.

—Este es el coche que usted conduce. En Wilhelmsburg. Viernes a las siete y doce de la noche.

Kurz miró las fotos sin inmutarse.

—Alguien más lo condujo esa noche.

—¿Quién?

—No lo sé. Dejo las llaves en la oficina. Cualquiera con acceso puede cogerlo.

—¿No le parece extraño que alguien use el coche sin su conocimiento?

—Pasa a veces. Señor Voss, señora Stolz. Tienen sus propias llaves.

—¿Voss o Stolz lo cogieron el viernes?

—No lo sé. No estaba allí.

—¿Dónde estaba?

—En casa. Con mi mujer.

Lena dejó que el silencio se alargara. Kurz no se movía. Mirada fija. Manos sobre la mesa. Demasiado tranquilo.

—¿Sabe que Markus Brenner fue asesinado?

—Lo sé. Salió en las noticias.

—¿Sabe dónde lo mataron?

—No.

—En un almacén de Nordhafen. En Wilhelmsburg. El mismo sitio al que fue el BMW esa noche.

Kurz no reaccionó.

—Coincidencia.

—No creo en las coincidencias.

—Pues debería. El mundo está lleno de ellas.

Lena se inclinó hacia adelante.

—Alguien de Nordhafen mató a Brenner. Y usted lo sabe.

Kurz sonrió sin humor.

—No sé nada. Y si supiera, no se lo diría.

—Eso es obstrucción a la justicia.

—Demuéstrelo.

Lena apretó los dientes. Kurz era un profesional. Sabía cómo funciona el sistema. Sabía que sin pruebas directas, no podían retenerlo.

—Puede irse. Por ahora.

Kurz se levantó.

—Si necesita algo más, llame a mi abogado.

Salió de la sala. Lena golpeó la mesa con la palma. Krause entró.

—Muro de piedra.

—Sí. Pero sabemos que el BMW fue al almacén. Alguien de Nordhafen lo condujo.

—Voss o Stolz.

—O ambos.

Krause se sentó.

—Necesitamos más presión. Una orden de registro para las oficinas de Nordhafen.

—Hoffmann nunca la aprobará sin más pruebas.

—Entonces conseguimos más pruebas.

Lena pensó. Necesitaban algo concreto. Algo que vinculara directamente a Voss o Stolz con el asesinato.

Su móvil vibró. Mensaje de un número desconocido: "Inspectora Falk. Tengo información sobre Brenner. Nos vemos en el Fischmarkt, muelle tres, 21:00. Venga sola".

Lena mostró el mensaje a Krause.

—Podría ser una trampa.

—Lo sé.

—No deberías ir sola.

—No iré sola. Tú estarás cerca.

Krause asintió.

—De acuerdo.

A las nueve menos cuarto, Lena salió de la jefatura. Condujo hasta el Fischmarkt. Aparcó cerca del muelle tres. Krause estaba en otro coche, a cincuenta metros. Comunicación por radio.

Lena bajó y caminó hacia el muelle. La noche estaba fría, el viento soplaba desde el Elba. Pocos viandantes. Pescadores

nocturnos, algún vagabundo. Lena se apoyó en la barandilla del muelle. Esperó.

Cinco minutos. Diez. Nadie apareció.

Entonces oyó pasos detrás de ella. Se volvió. Un hombre salía de entre las sombras. Treinta y tantos años, complexión delgada, gorra calada hasta los ojos.

—¿Inspectora Falk?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Trabajaba para Brenner. En Nordhafen.

—¿Nombre?

—Es mejor que no lo sepa.

Lena evaluó al hombre. Nervioso, asustado. Miraba constantemente a su alrededor.

—¿Qué sabe sobre Brenner?

El hombre se acercó.

—Sé que lo mataron porque sabía demasiado. Sé que Voss ordenó su muerte. Y sé que Vera Stolz lo organizó todo.

—¿Tiene pruebas?

—No pruebas físicas. Pero oí conversaciones. Después de que Brenner muriera, Voss y Stolz hablaron en la oficina. Pensaban que no había nadie. Yo estaba en el almacén contiguo. Los oí.

—¿Qué dijeron?

—Voss le preguntó a Stolz si estaba todo resuelto. Ella dijo que sí. Que Brenner había hablado antes de morir. Que les había dicho dónde estaban las copias de las pruebas. Y que ya las habían recuperado.

Lena sintió que algo se rompía dentro de ella.

—¿Copias de las pruebas?

—Brenner tenía fotos, documentos. Pruebas de corrupción. Las guardaba como seguro. Pero alguien se las quitó.

—¿Dónde?

—No lo sé. Solo sé que Stolz dijo: "Ya no hay nada que nos vincule".

Lena procesó la información. Brenner fue torturado para que dijera dónde estaban las pruebas. Habló. Recuperaron las copias. Por eso lo mataron. Ya no servía.

—¿Por qué me cuenta esto?

El hombre la miró a los ojos.

—Porque Brenner era una buena persona. No merecía morir así. Y porque tengo miedo de ser el siguiente.

—¿Le han amenazado?

—No directamente. Pero sé cómo funciona Voss. Elimina testigos. Limpia cabos sueltos. Yo soy un cabo suelto.

—Puedo protegerlo.

El hombre negó.

—Nadie puede protegerme de Voss. Tiene tentáculos en todas partes. Policía, juzgados, ayuntamiento. Por eso le digo esto y desaparezco.

—¿A dónde irá?

—Lejos. Fuera de Alemania.

Lena sacó su tarjeta.

—Si cambia de opinión, llámeme. Declararemos formalmente. Con protección de testigos.

El hombre cogió la tarjeta y la guardó.

—No cambiaré de opinión.

—¿Algo más que pueda decirme?

El hombre dudó.

—Brenner mencionó una vez que tenía un seguro definitivo. Algo que ni siquiera Voss podría tocar. No sé qué era. Pero si lo encuentra, tiene a Voss.

—¿Dónde podría estar?

—No lo sé. Pero Brenner era meticuloso. Si escondió algo importante, estará bien escondido.

—Gracias.

El hombre asintió y se alejó caminando rápido. Desapareció entre las sombras del muelle. Lena se quedó mirando el agua negra. El Elba fluía indiferente.

Krause apareció a su lado.

—¿Lo seguimos?

—No. Déjalo ir. Está muerto de miedo.

—¿Qué dijo?

Lena le resumió la conversación. Krause silbó.

—Voss ordenó la muerte. Stolz la organizó. Recuperaron las pruebas.

—Eso parece.

—Pero Brenner tenía un seguro adicional.

—Sí. Y tenemos que encontrarlo antes que ellos.

Volvieron a los coches. Lena condujo despacio, pensando. ¿Dónde escondería Brenner algo tan importante? ¿En su casa? ¿En una caja de seguridad? ¿Con alguien de confianza?

Llegó al piso pasadas las once. Jonas estaba en el salón, leyendo. Levantó la vista cuando ella entró.

—Hola.

—Hola.

Lena se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sofá. Jonas cerró el libro.

—¿Día duro?

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

Lena lo miró. Parecía cansado. Tenso. La discusión de anoche seguía entre ellos como un muro invisible.

—No especialmente.

Jonas asintió. Se levantó.

—He pensado en lo que me pediste.

Lena esperó.

—Declararé sobre Nordhafen. Sobre lo que vi.

Lena sintió alivio.

—Gracias.

—Pero quiero que sepas que esto me va a costar. Profesionalmente. Personalmente.

—Lo sé.

—¿De verdad lo sabes?

Lena se levantó y fue hacia él.

—Sí. Y no te lo pediría si no fuera importante.

Jonas la miró a los ojos.

—¿Y nosotros? ¿Seguimos siendo importantes?

—Por supuesto.

—No lo parece. Llevas tres días sin apenas hablarme. Llegas tarde, te vas temprano. Estás obsesionada con este caso.

—Es mi trabajo.

—Tu trabajo está devorando tu vida. Nuestra vida.

Lena sintió rabia subiendo por su garganta.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que deje que Voss se salga con la suya? ¿Que olvide que Brenner fue torturado y asesinado?

—No. Quiero que recuerdes que hay más cosas además del trabajo. Que yo existo. Que esto existe.

—Nunca he olvidado eso.

Jonas negó con la cabeza.

—A veces no estoy seguro.

Se dio la vuelta y salió del salón. Lena oyó la puerta del dormitorio cerrándose. Se quedó sola. Se sirvió una copa de vino y se sentó en el sofá. La culpa le pesaba en el pecho.

Jonas tenía razón. El caso la estaba consumiendo. Pero no podía parar. No hasta que Voss y Stolz pagaran.

Bebió el vino despacio. Pensó en Brenner. En su hermano. En su secretaria. En todas las personas que quedaban atrás cuando alguien moría. El trabajo de Lena era darles justicia. Aunque le costara su propia felicidad.

A medianoche fue al dormitorio. Jonas dormía, o fingía dormir. Lena se deslizó bajo las sábanas sin hacer ruido. Se quedó mirando el techo. El sueño no llegaba.

A las dos de la madrugada su móvil vibró. Mensaje de Krause: "Hemos encontrado algo en el piso de Brenner. Ven ahora".

Lena se levantó. Se vistió en silencio. Jonas se movió.

—¿Otra vez?

—Tengo que ir.

—Claro.

Lena no respondió. Salió del piso.

Condujo hasta Eppendorf. El edificio de Brenner estaba iluminado. Dos coches patrulla, el furgón de la científica. Lena subió al tercer piso. Krause la esperaba en el pasillo.

—¿Qué encontraron?

—Ven.

Entraron al piso. Dos técnicos trabajaban en el salón. Habían levantado una tabla del suelo. Debajo, un hueco. Dentro del hueco, una caja metálica.

—Registro rutinario —explicó Krause—. Buscábamos cualquier cosa. Uno de los técnicos notó que una tabla sonaba hueca. La levantamos y ahí estaba.

Lena se arrodilló junto a la caja. Tenía cerradura. Sin llave.

—¿Podemos abrirla?

Un técnico se acercó con herramientas. Forzó la cerradura. La tapa cedió. Lena la abrió.

Dentro había documentos, un pendrive, fotografías. Lena sacó los documentos. Contratos firmados entre Nordhafen Development y

funcionarios municipales. Transferencias bancarias a cuentas offshore. Emails impresos. Conversaciones donde Voss ordenaba sobornos, amenazas, pagos ilegales.

Las fotografías mostraban encuentros secretos. Voss entregando dinero. Funcionarios aceptándolo. Reuniones en restaurantes, hoteles, oficinas privadas.

Y el pendrive. Lena lo cogió.

—Necesito un ordenador.

Krause trajo un portátil. Lena conectó el pendrive. Carpetas de archivos. Grabaciones de audio. Vídeos. Lena abrió uno.

La imagen mostraba una oficina. Voss sentado detrás de un escritorio. Vera Stolz de pie junto a él. Estaban hablando. Lena subió el volumen.

"—¿Y Brenner?" —preguntaba Stolz.

"—Se está volviendo un problema" —respondía Voss—. "Sabe demasiado."

"—Podemos comprarlo."

"—Ya lo intenté. Quiere más de lo que estoy dispuesto a dar."

"—Entonces tenemos que silenciarlo."

Voss miraba a Stolz.

"—¿Estás sugiriendo lo que creo?"

"—Es la única opción. Si habla, perdemos todo. El proyecto, la empresa, nuestra libertad."

Voss se recostó en su silla.

"—De acuerdo. Pero que no se pueda rastrear hasta nosotros."

"—Conozco a alguien. Discreto. Profesional."

"—Hazlo."

La grabación terminaba. Lena miró a Krause.

—Esto es una orden directa de asesinato.

—Sí.

—¿Cuándo se grabó?

Lena comprobó la fecha del archivo. Jueves pasado. Un día antes de que Brenner muriera.

—Brenner sabía que iban a matarlo. Por eso escondió todo esto.

—Y ahora lo tenemos nosotros.

Lena sintió algo parecido a la esperanza. Por primera vez en días, tenían pruebas sólidas. Pruebas que ni siquiera Voss podría comprar.

—Copia todo. Múltiples copias. Y guárdalas en sitios diferentes.

—Hecho.

Lena llamó a Hoffmann. Tres tonos. Voz adormilada.

—¿Falk? Son las tres de la mañana.

—Tenemos pruebas. Contra Voss y Stolz. Orden directa de asesinato. Grabada.

Silencio al otro lado. Luego:

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Dónde?

—Piso de Brenner. Escondidas bajo el suelo.

—Voy para allá.

Colgó. Lena se levantó. Miró los documentos esparcidos sobre la mesa. Markus Brenner había sido más listo de lo que nadie pensaba. Sabía que lo matarían. Pero se aseguró de que no se salieran con la suya.

Hoffmann llegó media hora después. Revisó las pruebas. Escuchó las grabaciones. Vio los vídeos. Cuando terminó, tenía expresión grave.

—Esto es suficiente para arrestarlos.

—¿Ahora?

Hoffmann miró su reloj.

—A las siete. Órdenes de detención para Heinrich Voss y Vera Stolz. Cargos: asesinato, conspiración, corrupción, soborno. Que no se enteren antes. Quiero que sea una sorpresa.

—Entendido.

Hoffmann se fue. Lena y Krause se quedaron en el piso revisando el resto de las pruebas. A las seis de la mañana tenían todo catalogado, copiado, guardado.

A las siete, veinte agentes de la unidad de élite rodearon la mansión de Heinrich Voss en Blankenese. Lena iba con ellos. Derribaron la puerta. Entraron en tromba.

Voss estaba en el comedor, desayunando. Levantó la vista cuando irrumpieron. No pareció sorprendido.

—Señores. Qué visita tan temprana.

Lena se acercó.

—Heinrich Voss, queda detenido por el asesinato de Markus Brenner, conspiración, corrupción y soborno.

Voss dejó la taza de café.

—Inspectora Falk. Debí imaginar que llegaríamos a esto.

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a un abogado.

—Conozco mis derechos.

Lo esposaron. Voss no se resistió. Salió de su mansión con la cabeza alta. Las cámaras de televisión ya estaban allí. Flashes, gritos de periodistas. Voss no dijo nada.

Simultáneamente, otro equipo arrestó a Vera Stolz en su piso de Rotherbaum. Ella tampoco se resistió. Pidió un abogado antes de decir palabra.

A las nueve de la mañana, Voss y Stolz estaban en celdas separadas de la jefatura. Lena observó a Voss a través del cristal unidireccional. Sentado en el banco, tranquilo. Como si estuviera en una sala de espera.

Krause apareció a su lado.

—Los tenemos.

—Sí.

—Deberías estar contenta.

—Lo estoy.

Pero no sonaba convincente. Voss y Stolz estaban arrestados. Pero Brenner seguía muerto. Y algo dentro de Lena sabía que esto no había terminado.

Su móvil sonó. Jonas.

—¿Lena?

—Hola.

—Vi las noticias. Arrestaron a Voss.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí. Cansada.

—Ven a casa. Descansa.

—Todavía tengo que interrogarlos.

—Lena...

—Lo sé. Luego voy.

Colgó. Miró a Voss a través del cristal. El hombre que lo tenía todo. Dinero, poder, conexiones. Y ahora estaba en una celda.

Lena sintió una satisfacción oscura. Justicia. Pequeña, imperfecta. Pero justicia al fin.

Capítulo 3

El interrogatorio de Heinrich Voss comenzó a las diez de la mañana. Sala número uno. Lena y Krause frente a él. A su lado, dos abogados. Uno era Werner Lange. El otro, un penalista de Berlín, Günter Reiss, setenta años, traje de tres mil euros. Leyenda en los tribunales.

Voss llevaba el mismo traje con el que lo arrestaron. No le habían dado tiempo de cambiarse. Pero seguía impecable. Pelo cano peinado hacia atrás, corbata perfecta. Miraba a Lena con algo parecido a curiosidad.

—Inspectora Falk. Por fin nos conocemos formalmente.

Lena puso la grabadora en marcha.

—Interrogatorio al detenido Heinrich Voss. Presentes sus abogados, doctor Werner Lange y doctor Günter Reiss. Inspectores Lena Falk y Martin Krause. Cargos: asesinato, conspiración, corrupción.

Reiss levantó una mano.

—Mi cliente se acoge a su derecho a no declarar.

Lena esperaba eso.

—Muy bien. Entonces escuchará. Tenemos grabaciones donde usted ordena el asesinato de Markus Brenner. Tenemos documentos que prueban la corrupción sistemática. Tenemos testigos. Tenemos pruebas forenses. ¿Seguro que no quiere decir nada?

Voss miró a sus abogados. Reiss asintió levemente. Voss habló.

—No tengo nada que declarar.

Lena puso sobre la mesa copias de las fotografías. Voss entregando sobres. Funcionarios aceptándolos.

—Estas son usted.

—Puedo estar entregando cualquier cosa.

—Dinero. Lo sabemos. Los funcionarios lo confirmaron.

—¿Qué funcionarios?

Lena mintió.

—Tres de ellos. Ya declararon. A cambio de inmunidad.

Voss no se inmutó pero Lange se tensó. Lena supo que había dado en el blanco.

—Están salvando su pellejo —dijo Voss—. Dirán lo que ustedes quieran oír.

—Dirán la verdad.

Lena puso el pendrive sobre la mesa.

—Esto contiene grabaciones. Conversaciones entre usted y Vera Stolz. Planificando el asesinato de Brenner.

Reiss intervino.

—Mi cliente no tiene obligación de responder.

—No la tiene. Pero lo hará ante un juez. Y estas grabaciones serán la prueba principal.

Voss se recostó en la silla. Cruzó las manos sobre la mesa.

—Inspectora, llevo treinta años en este negocio. He visto ir y venir a muchos como usted. Jóvenes, idealistas, convencidos de que van a cambiar el mundo. ¿Sabe qué les pasa a todos?

—Dígamelo.

—Se dan cuenta de que el sistema no cambia. Que hay reglas que están por encima de las leyes. Que el dinero y el poder siempre ganan.

—No esta vez.

Voss sonrió.

—Especialmente esta vez. Mis abogados presentarán recursos. Cuestionarán cada prueba. Cada grabación. Cada testigo. Y cuando termine el proceso, si es que llega a juicio, me habrán encontrado una docena de tecnicismos para absolverme.

—Está muy seguro.

—Estoy informado. Conozco el sistema mejor que usted.

Lena se inclinó hacia adelante.

—Markus Brenner confiaba en el sistema. Y lo mataron. No voy a dejar que se salga con la suya.

—Ya me salí con la mía, inspectora. Hace treinta años que me salgo con la mía. Esto es solo un contratiempo.

Reiss tocó el brazo de Voss.

—Heinrich, no digas nada más.

Voss asintió. Se calló. Lena intentó presionar desde otros ángulos durante una hora más. Nada. Voss no volvió a hablar. Reiss respondía por él, citando artículos legales, exigiendo pruebas concluyentes.

A mediodía terminaron el interrogatorio. Voss volvió a su celda. Lena salió de la sala frustrada. Krause la siguió.

—Es un muro.

—Lo sé.

—¿Y Stolz?

—Ahora.

Vera Stolz esperaba en la sala número dos. Traje gris diferente al del día anterior. Pelo recogido. Maquillaje perfecto. Werner Lange a

su lado. Parecía más calmada que Voss. Más fría.

Lena empezó el protocolo. Grabadora, nombres, cargos. Stolz escuchaba sin expresión.

—¿Tiene algo que declarar? —preguntó Lena.

—Sí —dijo Stolz.

Lange la miró sorprendido. Stolz le ignoró.

—Quiero un trato.

Lena sintió adrenalina.

—¿Qué tipo de trato?

—Inmunidad total. A cambio de mi testimonio contra Heinrich Voss.

Lange puso una mano sobre la mesa.

—Vera, tenemos que discutir esto en privado.

—No hay nada que discutir. Voss me está dejando colgada. Lo sé. Tiene a Reiss. Yo tengo a usted, Werner, sin ánimo de ofender. No puedo ganar esto.

Lange pareció herido pero no respondió. Lena estudió a Stolz. La mujer sabía calcular. Sabía cuándo saltar del barco.

—No puedo ofrecerle inmunidad sin hablar con la fiscalía.

—Entonces hable.

—¿Qué puede ofrecernos?

—Todo. Quién mató a Brenner. Cómo se planeó. Dónde están el resto de pruebas. Y sobre todo, docenas de otros casos de corrupción. Proyectos donde Voss sobornó, extorsionó, amenazó. Tengo nombres, fechas, cantidades.

Lena miró a Krause. Este asintió levemente.

—Tendré que consultarlo.

—Hágalo rápido. Porque Voss tiene recursos. Y en cuanto salga bajo fianza, empezará a limpiar cabos sueltos. Yo soy uno de ellos.

—Voss no va a salir bajo fianza.

Stolz sonrió con amargura.

—¿Está segura?

No lo estaba. Lena salió de la sala. Llamó al fiscal jefe, Matthias Köhler. Sesenta años, veterano, duro. Escuchó la propuesta.

—¿Cuánto puede darnos?

—Dice que todo. Nombres, pruebas, testimonios.

—¿Confiable?

—Es abogada. Sabe lo que arriesga si miente.

Köhler pensó.

—De acuerdo. Inmunidad parcial. Reducción de pena. Pero tiene que declarar en juicio y proporcionar pruebas verificables.

—¿Cuánta reducción?

—Doce años en lugar de cadena perpetua.

Lena colgó. Volvió a la sala. Le expuso la oferta a Stolz.

—Doce años no es inmunidad —dijo Stolz.

—Es lo mejor que puedo conseguir. Tiene cinco minutos para decidir.

Stolz miró a Lange. El abogado negó con la cabeza. Stolz suspiró.

—Acepto.

Lange cerró su maletín bruscamente.

—Entonces ya no soy tu abogado.

Se levantó y salió. Stolz lo vio irse sin expresión. Luego miró a Lena.

—Pregunta lo que quieras.

Lena sacó su libreta.

—¿Quién mató a Markus Brenner?

—Ralf Mehmet. Contratado por mí, bajo las órdenes de Voss.

—¿Mehmet actuó solo?

—Tuvo ayuda. Andreas Kurz, el chofer de Voss. Kurz condujo el BMW. Mehmet ejecutó la tortura y el asesinato.

—¿Cómo fue?

Stolz habló sin emoción. Como si leyera un informe técnico.

—Brenner estaba chantajeando a Voss. Tenía pruebas de corrupción. Quería cinco millones de euros por su silencio. Voss se negó. Me ordenó silenciarlo permanentemente. Contraté a Mehmet. Él conocía el ambiente criminal. Me recomendó el almacén 47. Propiedad nuestra, abandonado, sin vigilancia. El viernes le pedí a Brenner que viniera a mi despacho. Le dije que Voss había aceptado el trato. Que nos encontraríamos esa noche en el almacén para hacer el intercambio. Dinero por pruebas. Brenner aceptó. Fue al almacén. Mehmet y Kurz lo esperaban. Lo ataron a una silla. Lo torturaron hasta que reveló dónde guardaba las copias de las pruebas. Luego Mehmet lo estranguló con un cable. Kurz y él metieron el cuerpo en el BMW, lo llevaron a Speicherstadt y lo tiraron al canal.

Lena tomaba notas. Todo cuadraba con las pruebas.

—¿Dónde estaban las copias?

—En su piso. Bajo una tabla del suelo. Kurz fue allí esa misma noche. Las recuperó. Me las entregó al día siguiente.

—¿Qué hicieron con ellas?

—Las quemé. En mi chimenea. Todas.

Lena sintió rabia.

—Menos mal que Brenner tenía otra copia.

Stolz parpadeó.

—¿Qué?

—La que encontramos bajo el suelo. Brenner fue más listo que ustedes. Guardó dos copias en el mismo sitio. Kurz solo encontró una.

Stolz palideció. Por primera vez mostró emoción. Miedo.

—No lo sabíamos.

—Ahora sí. Y es todo lo que necesitamos para condenarlos.

Stolz se recuperó.

—Entonces mi testimonio confirma las pruebas. Eso te ayuda.

—Sí. Pero no te salva.

—Lo sé. Por eso pedí reducción, no inmunidad.

Lena continuó.

—¿Voss ordenó otras muertes?

—No directamente. Pero intimidó a mucha gente. Amenazas, palizas, despidos. Tengo una lista. Nombres y fechas.

—Quiero esa lista.

—Te la daré. Pero necesito garantías de protección. Voss tiene contactos en prisión. Si me manda matar...

—Estarás en aislamiento. Protección máxima.

Stolz asintió.

—Bien.

Pasaron tres horas más interrogándola. Stolz proporcionó detalles de docenas de casos. Proyectos donde Voss sobornó a concejales, manipuló licitaciones, amenazó a competidores. Lena lo grabó todo. Cada nombre, cada fecha, cada cifra.

A las cinco de la tarde, Stolz volvió a su celda. Lena y Krause subieron al despacho de Hoffmann. Le expusieron todo.

—Tenemos confesión completa. Corroborada por pruebas físicas. Voss y Mehmet caerán.

Hoffmann se frotó la cara.

—Esto va a ser un terremoto. Voss tiene amigos en el ayuntamiento, en el senado. Cuando esto salga, media ciudad va a temblar.

—Que tiemble.

Hoffmann la miró.

—Ten cuidado, Falk. Esto no ha terminado. Voss todavía tiene recursos. Y hombres leales.

—Lo sé.

Lena salió del despacho. Eran las seis de la tarde. Llevaba despierta treinta y seis horas. Le dolía todo el cuerpo. Necesitaba dormir. Pero primero tenía que ver a Jonas.

Condujo hasta el piso. Jonas estaba en la cocina, preparando la cena. Pollo al curry. Olía bien. Levantó la vista cuando ella entró.

—Hola.

—Hola.

Lena se acercó y lo abrazó. Jonas se tensó un segundo, luego correspondió. Se quedaron así un momento. Lena hundió la cara en su cuello.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Todo. Estos días. La tensión. No escucharte.

Jonas se apartó suavemente.

—Estás cansada.

—Sí. Pero también tengo que decirte esto. Tienes razón. El trabajo me está consumiendo. Y no es justo para ti.

Jonas sonrió con tristeza.

—No se trata de lo que es justo. Se trata de lo que necesitas. Y tú necesitas cerrar este caso.

—Está casi cerrado. Voss y Stolz van a juicio. Mehmet también. Tenemos todo.

—Bien. Me alegro.

Pero no sonaba alegre. Lena lo conocía. Sabía que algo estaba roto entre ellos.

—¿Qué pasa, Jonas?

Jonas apagó el fuego. Se volvió hacia ella.

—He estado pensando. Sobre nosotros. Sobre esto.

Lena sintió algo frío en el estómago.

—¿Y?

—No sé si puedo seguir así.

—¿Así cómo?

—Así. Esperándote. Viéndote destruirte por cada caso. Sintiendo que soy secundario en tu vida.

—No eres secundario.

—¿No? ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos una conversación que no fuera sobre tu trabajo? ¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo juntos?

Lena buscó en su memoria. No encontró respuesta.

—Sé que he estado ausente. Pero esto pasará. Cuando cierre el caso...

—Habrá otro caso. Y otro. Y otro. Lena, tú no cierras casos. Los vives. Los respiras. Los llevas contigo a todas partes. Y no hay espacio para nada más.

Lena sintió lágrimas en los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

Jonas la miró con ternura.

—Que te quiero. Pero no puedo competir con tu vocación. Y no debería tener que hacerlo.

—No estás compitiendo. Hay espacio para ambas cosas.

—No lo hay. Y lo sabes.

Lena negó con la cabeza.

—No me hagas elegir.

—No te estoy pidiendo que elijas. Te estoy diciendo que ya elegiste. Hace tiempo.

Jonas se acercó y le acarició la mejilla.

—Eres una gran policía, Lena. De las mejores. Pero eso tiene un precio. Y yo ya no puedo pagarlo.

—Jonas...

—Necesito tiempo. Distancia. Para pensar.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Tal vez mucho.

Lena sintió que algo se rompía dentro de ella. No lloró. No suplicó. Solo asintió.

—De acuerdo.

Jonas fue al dormitorio. Volvió con una bolsa ya preparada. Había estado planeándolo.

—Me quedo en casa de Martin unos días. Luego veremos.

—De acuerdo.

Jonas se detuvo en la puerta. La miró.

—Cuídate.

—Tú también.

Se fue. La puerta se cerró. Lena se quedó sola en la cocina. El curry se enfriaba en la olla. Se sirvió un plato. Comió sin sabor. Luego lavó los platos. Metódicamente. Como si lavar platos pudiera llenar el vacío.

A las nueve sonó su móvil. Krause.

—Tenemos un problema.

—¿Qué?

—El juez ha concedido fianza a Voss. Un millón de euros. Ya la pagó. Sale mañana.

Lena sintió rabia.

—¿Cómo?

—Reiss presentó recursos. Alegó que Voss tiene arraigo, que no hay riesgo de fuga. El juez aceptó.

—Mierda.

—Eso mismo.

Lena colgó. Hoffmann tenía razón. Voss tenía recursos. Y ahora estaba libre. Mientras esperaba juicio, podría hacer cualquier cosa. Intimidar testigos. Destruir pruebas. Contratar sicarios.

Stolz había dicho que era un cabo suelto. Ahora Lena también lo era.

Fue al armario. Sacó su pistola reglamentaria. La cargó. La metió en la funda del hombro. Se puso la chaqueta encima. Si Voss quería jugar sucio, ella estaba preparada.

Su móvil volvió a sonar. Número desconocido. Contestó.

—¿Falk?

—Sí.

—Escucha con atención. Esto es una advertencia. Deja el caso. Olvídate de Voss. O la próxima que flote en el canal serás tú.

Clic. Cortaron.

Lena miró el teléfono. Su corazón latía rápido pero su mano estaba firme. Llamó a Krause.

—Acaban de amenazarme.

—¿Quién?

—No lo sé. Número oculto. Dijo que deje el caso o acabaré en el canal.

—Voss no pierde el tiempo.

—No.

—¿Quieres protección?

Lena pensó.

—No oficial. Pero quédate cerca. Por si acaso.

—Hecho.

Colgó. Lena fue a la ventana. Miró el puerto. Las luces parpadeaban en la oscuridad. Hamburgo era hermosa y peligrosa. Como todo lo que valía la pena.

No iba a dejar el caso. No iba a dejar que Voss ganara. Aunque le costara todo.

Al día siguiente, Voss salió de la jefatura a las diez de la mañana. Reiss a su lado. Una docena de periodistas esperaban. Flashes, preguntas gritadas. Voss se detuvo frente a las cámaras.

—Soy inocente. Estas acusaciones son infundadas. Confío en la justicia alemana. Gracias.

No respondió preguntas. Subió a un Mercedes negro con chofer. El coche se perdió por las calles.

Lena lo vio desde una ventana de su despacho. Krause estaba a su lado.

—Actuando como si nada.

—Es lo que hace la gente como él. Niegan hasta que no pueden negar más.

—¿Y si consigue salirse con la suya?

—No lo hará. Tenemos a Stolz. Tenemos las grabaciones. Tenemos a Mehmet.

—Mehmet todavía no ha confesado.

—Lo hará. Cuando sepa que Stolz lo delató, buscará un trato.

Tenían razón. Esa tarde, el abogado de oficio de Mehmet llamó. Mehmet quería declarar. A cambio de reducción de pena.

Lo trasladaron de la celda a la sala de interrogatorios. Mehmet parecía más pequeño. Derrotado. Se sentó frente a Lena sin mirarla a los ojos.

—¿Qué quieres declarar? —preguntó Lena.

—Todo. Maté a Brenner. Pero fue por encargo. Stolz me contrató. Me pagó treinta mil euros. Mitad antes, mitad después.

—¿Cómo fue?

Mehmet contó la misma historia que Stolz. El almacén. La tortura. El estrangulamiento. El cuerpo en el canal. Todo coincidía.

—¿Por qué aceptaste?

—Necesitaba el dinero. Y Stolz dijo que era limpio. Que nadie lo sabría. Que Brenner era un chantajista que se lo merecía.

—¿Creíste eso?

Mehmet se encogió de hombros.

—Me dije a mí mismo que sí. Más fácil así.

—¿Kurz te ayudó?

—Sí. Él conducía. Yo hice el trabajo sucio.

—¿Voss lo sabía?

—Stolz dijo que venía de arriba. De Voss. Pero yo nunca hablé con él directamente.

Lena terminó el interrogatorio. Mehmet firmó su confesión. Volvió a la celda. Ahora tenían dos testigos contra Voss. El caso era sólido.

Pero Lena no se sentía victoriosa. Se sentía vacía. Jonas no estaba. Brenner seguía muerto. Y Voss caminaba libre por Hamburgo.

A las siete de la tarde salió de la jefatura. Condujo sin rumbo. Acabó en Speicherstadt. Aparcó junto al canal donde encontraron a Brenner. Bajó del coche. Se apoyó en la barandilla.

El agua fluía negra e indiferente. Lena encendió un cigarrillo. Fumó mirando el reflejo de las luces en el agua. Pensó en Brenner. En su última noche. En el miedo que debió sentir. En el dolor.

—Inspectora Falk.

Lena se volvió. Un hombre salía de las sombras. Alto, cincuenta y tantos, pelo gris. Reconoció la cara. Andreas Kurz. El chofer de Voss.

Lena llevó la mano a su pistola.

—Kurz. ¿Qué haces aquí?

Kurz levantó las manos.

—Tranquila. No vengo a hacerte daño.

—¿No? Tú y Mehmet mataron a Brenner.

—Yo solo conduje el coche. Mehmet hizo lo demás.

—Eres cómplice.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Lena no bajó la guardia.

—¿Qué quieres?

—Entregarte algo. Antes de que desaparezca.

—¿Desaparecer a dónde?

—Lejos. Voss va a limpiar cabos sueltos. Yo soy uno. Como tú.

—Voss no se atreverá a tocarme. Soy policía.

Kurz sonrió sin humor.

—Eso no lo ha detenido antes.

Lena sintió frío.

—¿Qué quieres darme?

Kurz sacó un sobre del abrigo. Se lo tendió. Lena lo cogió sin acercarse demasiado. Lo abrió. Dentro había un pendrive.

—¿Qué es esto?

—Más grabaciones. Conversaciones entre Voss y políticos. Jueces. Policías. Gente que él tiene comprada. No las encontraste en casa de Brenner porque las tenía yo. Por seguro. Por si algún día Voss me traicionaba.

—¿Y ahora me las das?

—Sí. Porque Voss me va a matar de todos modos. Y prefiero que caiga contigo que morir por nada.

Lena guardó el pendrive.

—Tendrás que declarar.

—No puedo. Si declaro, Voss me mata antes del juicio.

—Te protegeremos.

Kurz negó.

—No podéis. Voss tiene gente en todas partes. En la policía. En los juzgados. En las cárceles.

—¿Entonces por qué me das esto?

—Porque alguien tiene que pararlo. Y tú pareces dispuesta a intentarlo. Aunque te cueste la vida.

Lena lo miró a los ojos.

—¿Dónde irás?

—Mejor que no lo sepas.

Kurz se dio la vuelta. Caminó hacia las sombras. Lena lo llamó.

—Kurz.

Se detuvo.

—Mataste a un hombre inocente.

—Lo sé. Viviré con eso.

—No es suficiente.

—Nunca lo es.

Desapareció en la oscuridad. Lena se quedó sola. Guardó el sobre en su chaqueta. Subió al coche. Arrancó.

Condujo hasta la jefatura. Subió a su despacho. Conectó el pendrive. Carpetas de archivos. Videos. Audios. Los abrió uno por uno.

Voss hablando con un juez. Arreglando sentencias.

Voss hablando con un comisario de policía. Pagando por información.

Voss hablando con concejales. Comprando votos.

Docenas de archivos. Años de corrupción documentada.

Lena llamó a Hoffmann. Le mostró todo. Hoffmann palideció.

—Esto es dinamita.

—Lo sé.

—Si esto sale, caerán docenas de personas. Jueces, políticos, policías.

—Entonces que caigan.

Hoffmann la miró.

—Falk, esto te va a costar enemigos. Poderosos.

—Ya los tengo.

Hoffmann suspiró.

—De acuerdo. Prepara un informe. Completo. Se lo pasamos a la fiscalía anticorrupción. Y que Dios nos ayude.

Lena trabajó toda la noche. Catalogó cada archivo. Identificó cada voz. Cruzó fechas con eventos públicos. A las seis de la mañana tenía un informe de ciento veinte páginas.

Lo envió a la fiscalía anticorrupción. A las nueve recibió llamada del fiscal general. Quería verla inmediatamente.

Lena condujo hasta Berlín. Tres horas. Llegó a mediodía. El fiscal general, Thomas Brandt, la recibió en su despacho. Setenta años, corbata de lazo, expresión grave.

—Inspectora Falk. Su informe es... devastador.

—Es la verdad.

—Lo sé. Ya hemos empezado a verificar los archivos. Son auténticos. Esto va a ser el escándalo más grande de la década.

—¿Procederán?

—Por supuesto. Órdenes de arresto para veinte personas. Jueces, políticos, policías. Todos vinculados a Voss.

—¿Cuándo?

—Mañana. Operación coordinada. En toda Alemania.

—Bien.

Brandt se recostó en su silla.

—Su trabajo ha sido excepcional, inspectora. Pero sepa que esto le va a costar. Los que caigan no lo olvidarán. Tendrá enemigos el resto de su carrera.

—Puedo vivir con eso.

Brandt sonrió.

—Lo imaginaba. Por eso hizo lo correcto.

Lena volvió a Hamburgo. Llegó a las seis de la tarde. Fue directo a su piso. Vacío. Jonas seguía fuera. La cama sin hacer. Platos en el fregadero. Todo como lo dejó.

Se duchó. Se cambió de ropa. Preparó café. Se sentó en el sofá. Encendió la televisión. Noticias. Hablaban de Voss. El juicio empezaría en tres semanas.

Su móvil sonó. Jonas.

—Hola.

—Hola. Vi las noticias. Lo de las grabaciones. El escándalo.

—Sí.

—Estás en todas partes. Te has convertido en la inspectora que derribó un imperio.

—No buscaba eso.

—Lo sé. Pero lo hiciste. Estoy... orgulloso de ti.

Lena sintió calor en el pecho.

—Gracias.

—¿Cómo estás?

—Cansada. Sola.

—Lo siento.

—¿Vas a volver?

Silencio al otro lado. Luego:

—No lo sé, Lena. Todavía necesito tiempo.

—De acuerdo.

—Pero te echo de menos.

—Yo también.

—Hablamos pronto.

—De acuerdo.

Colgó. Lena dejó el móvil. Se tumbó en el sofá. Cerró los ojos. Por primera vez en semanas, durmió sin soñar.

Capítulo 4

La operación comenzó a las seis de la mañana. Simultánea. Hamburgo, Berlín, Múnich, Frankfurt. Veinte arrestos coordinados. Jueces, concejales, un comisario de policía, tres empresarios. Todos vinculados a Heinrich Voss. Todos en las grabaciones.

Lena participó en tres de los arrestos en Hamburgo. El primero fue el juez Martin Schaefer, quien había archivado denuncias contra Nordhafen durante años. Lo arrestaron en su casa de Harvestehude. Salió en bata, esposado, pálido. Su mujer lloraba en el portal.

El segundo fue el concejal de Urbanismo, Werner Stolte. Lo encontraron en su despacho del ayuntamiento. Intentó negociar. Lena le leyó sus derechos sin escuchar sus súplicas.

El tercero fue el comisario Hans Dietrich, de la división de delitos económicos. Cincuenta y ocho años, treinta en el cuerpo. Había avisado a Voss de investigaciones internas durante años. Lo arrestaron en la jefatura. Sus propios compañeros lo miraban con asco.

A las nueve de la mañana, todos estaban en celdas. Los medios enloquecieron. Titulares: "Cae la red de Voss", "Terremoto de corrupción en Hamburgo", "Veinte detenidos en operación anticorrupción".

Lena llegó a su despacho a las diez. Krause la esperaba con café.

—Lo conseguimos.

—Todavía no. Voss sigue libre.

—No por mucho. Brandt está preparando nuevos cargos. Con estos arrestos, el juez tendrá que revocar la fianza.

—Eso espero.

Lena se sentó. Revisó los informes de los arrestos. Todo había ido bien. Sin incidentes. Sin fugas. Veinte peces gordos en la red.

Su móvil sonó. Hoffmann.

—Falk, a mi despacho. Ahora.

Lena subió. Hoffmann estaba de pie junto a la ventana. No se volvió cuando ella entró.

—Cierra la puerta.

Lena cerró. Hoffmann seguía mirando por la ventana.

—Dietrich era amigo mío. Treinta años conociéndonos. Cenas, barbacoas, nuestros hijos jugaban juntos.

—Lo siento.

—No lo sientas. Hiciste tu trabajo. Pero ahora la jefatura está revuelta. Nadie sabe en quién confiar. Nadie sabe quién más está implicado.

—¿Hay más?

Hoffmann se volvió.

—Siempre hay más. Pero por ahora, tenemos que estabilizar. Asuntos Internos está investigando a toda la división de delitos económicos. Revisando casos, decisiones, archivos. Va a ser un caos durante meses.

—Pero necesario.

—Sí. Necesario y destructivo.

Hoffmann se sentó detrás de su escritorio.

—Te van a nombrar para un reconocimiento. Medalla al mérito. Por tu trabajo en el caso Brenner y la operación anticorrupción.

—No quiero reconocimientos.

—No es opcional. La ciudad necesita héroes ahora mismo. Tú eres uno.

Lena apretó los dientes. No se sentía heroína. Se sentía cansada.

—¿Algo más?

—Sí. Ten cuidado. Voss todavía tiene recursos. Y ahora está desesperado. La gente desesperada hace estupideces.

—Lo sé.

Salió del despacho. Volvió al suyo. Krause había salido. Lena se quedó sola. Miró por la ventana. Hamburgo seguía girando. Tranvías, coches, gente caminando. Como si nada hubiera pasado.

A mediodía recibió una llamada. Número desconocido. Contestó con precaución.

—¿Falk?

—Sí.

—Soy Thomas Brenner.

El hermano de Markus. Lena se enderezó.

—Señor Brenner.

—Vi las noticias. Los arrestos. Todo.

—Sí.

—Gracias. Por no rendirte. Por llegar hasta el final.

Lena sintió algo aflojándose en su pecho.

—Es mi trabajo.

—No. Es más que eso. Podías haber dejado que el caso se enterrara. Que Voss se saliera con la suya. Pero no lo hiciste.

—Su hermano no merecía morir así.

—No. Pero ahora al menos tiene justicia. Gracias, inspectora.

Colgó. Lena se quedó con el móvil en la mano. Justicia. Una palabra tan grande y tan pequeña a la vez.

Por la tarde llegó la orden. El juez revocó la fianza de Voss. Nueva orden de arresto. Riesgo de fuga, riesgo de intimidación de testigos. Voss tenía seis horas para entregarse.

No lo hizo.

A las nueve de la noche, Voss seguía en paradero desconocido. Su mansión, vacía. Sus oficinas, cerradas. Su móvil, apagado. Había huido.

Lena no estaba sorprendida. Gente como Voss siempre tiene un plan de escape. Pasaportes falsos, cuentas offshore, contactos en el extranjero. Probablemente estaba en un avión privado rumbo a algún país sin extradición.

Emitieron una orden de búsqueda internacional. Interpol. Europol. Pero Lena sabía que las posibilidades de encontrarlo eran escasas. El mundo es grande y el dinero compra invisibilidad.

Se fue a casa pasadas las diez. El piso seguía vacío. Jonas no había vuelto. Lena se preparó una cena rápida. Pasta con tomate. Comió frente al televisor. Noticias sobre Voss. Su foto en todas las cadenas. "Fugitivo", "Prófugo", "Huida".

Su móvil vibró. Mensaje de Jonas: "Vi lo de Voss. ¿Estás bien?".

Lena respondió: "Sí. Cansada".

Jonas: "¿Puedo pasar mañana? Tenemos que hablar".

Lena: "Claro. ¿A qué hora?".

Jonas: "¿Siete?".

Lena: "De acuerdo".

Dejó el móvil. Intentó ver la televisión pero no podía concentrarse. Apagó. Se fue a la cama. Durmió mal. Sueños fragmentados. Voss riéndose. Brenner ahogándose. Jonas alejándose.

Se despertó a las seis. Se duchó, se vistió, salió a correr. Necesitaba despejar la cabeza. Corrió por la orilla del Alster. El aire frío le quemaba los pulmones. Otros corredores pasaban a su lado. Vida normal. Gente normal.

Volvió al piso. Se preparó el desayuno. Tostadas, café, zumo. Revisó el móvil. Nada de Voss. Nada importante.

A las ocho llamó Krause.

—Novedad. Stolz quiere hablar contigo. Dice que es urgente.

—¿De qué?

—No lo dice. Solo que es sobre Voss.

—Voy para allá.

Condujo hasta la jefatura. Bajó a las celdas. Stolz esperaba en la sala de visitas. Parecía mal. Ojeras profundas, pelo sin lavar. La prisión preventiva le estaba pasando factura.

—Inspectora. Gracias por venir.

Lena se sentó frente a ella.

—¿Qué quieres?

—Sé dónde está Voss.

Lena se inclinó hacia adelante.

—¿Dónde?

—Primero necesito garantías. Mi abogado nuevo dice que puedo negociar más reducción de pena si proporciono información valiosa.

—¿Cuánta reducción?

—Diez años en lugar de doce.

Lena pensó. La captura de Voss valía dos años de reducción.

—Hablaré con el fiscal. Pero solo si la información es cierta.

—Lo es.

—Entonces habla.

Stolz respiró hondo.

—Voss tiene una casa en Dinamarca. Isla de Rømø. Cerca de la frontera alemana. Comprada a nombre de una empresa pantalla hace diez años. Nadie sabe de ella excepto yo y Kurz. Es su refugio de emergencia.

—¿Estás segura de que está allí?

—No completamente. Pero es el único sitio donde puede esconderse sin levantar sospechas. Tiene provisiones, efectivo, documentos falsos. Todo preparado.

Lena tomó notas.

—¿Dirección exacta?

Stolz la escribió en un papel. Lena lo guardó.

—Si esto es falso...

—No lo es. No tengo nada que ganar mintiéndote. Solo quiero salir de aquí lo antes posible.

Lena se levantó.

—Verificaré la información. Si es correcta, hablaré con el fiscal.

—Gracias.

Lena salió de la sala. Subió al despacho. Llamó a la policía danesa. Les pasó la dirección. Les pidió vigilancia discreta. No intervención hasta que llegaran unidades alemanas.

Dos horas después confirmaron. Había actividad en la casa. Un hombre solitario. Edad aproximada, sesenta años. Podía ser Voss.

Lena coordinó con las autoridades danesas. Operación conjunta. Seis agentes alemanes, diez daneses. Salida a las dos de la tarde. Tres horas de viaje hasta Rømø.

Lena fue con el equipo. Krause también. Cruzaron la frontera a las cuatro. Llegaron a la isla al atardecer. Rømø era plana, ventosa, desolada. Dunas, playas, casas dispersas.

La casa de Voss estaba en la zona norte. Aislada. Vista al mar. Construcción moderna, cristales oscuros. Dos coches aparcados fuera. Un Mercedes, un Audi.

El equipo se desplegó. Rodearon la casa. Lena fue con el grupo que entraría por la puerta principal. Chaleco antibalas, pistola desenfundada.

El comandante danés dio la señal. Derribaron la puerta. Entraron gritando.

—¡Policía! ¡Al suelo!

La casa estaba en penumbra. Recorrieron las habitaciones. Salón vacío. Cocina vacía. Dormitorio principal vacío. Pero en el estudio, junto a una ventana con vistas al mar, estaba Heinrich Voss.

De pie. Mirando el horizonte. Copa de whisky en la mano. No se volvió cuando entraron.

—Señor Voss, queda detenido —dijo Lena.

Voss bebió un sorbo. Lentamente. Luego dejó la copa sobre la mesa.

—Inspectora Falk. Imaginé que acabaría siendo usted.

—Dese la vuelta. Manos donde pueda verlas.

Voss se volvió. Levantó las manos. Dos agentes se acercaron y lo esposaron. No se resistió. Parecía tranquilo. Resignado.

—¿Cómo me encontró?

—Stolz.

Voss sonrió con amargura.

—Por supuesto. Vera siempre fue pragmática.

—La llevamos a la salida. Voss miró el mar una última vez.

—¿Sabe lo que es construir un imperio durante treinta años y verlo desmoronarse en dos semanas?

—No me interesa.

—Debería. Porque usted fue quien lo derribó. Una sola persona. Obstinada, incansable. Admirable, en cierto modo.

—No busco su admiración.

—Lo sé. Busca justicia. Ese concepto tan esquivo.

Lo sacaron de la casa. Afuera, el viento soplaba desde el mar del Norte. Frío, cortante. Metieron a Voss en el coche patrulla. Las puertas se cerraron.

Lena se quedó un momento mirando la casa. Vacía ahora. Como todo lo que Voss había construido. Dinero, poder, influencia. Todo derrumbado.

Krause se acercó.

—Se acabó.

—Sí.

—¿Por qué no pareces feliz?

Lena pensó.

—Porque Brenner sigue muerto. Porque Jonas se fue. Porque esto no cambia nada en realidad. Mañana habrá otro Voss. Otro proyecto turbio. Otra muerte.

Krause asintió.

—Pero hoy no. Hoy ganamos.

—Hoy ganamos.

Subieron al coche. El convoy se puso en marcha. Voss en el vehículo delantero. Cruzaron Dinamarca de vuelta a Alemania. Llegaron a Hamburgo pasada la medianoche. Directos a la jefatura.

Voss fue procesado inmediatamente. Nueva fianza: cinco millones de euros. Denegada. Prisión preventiva sin posibilidad de salida. Celda de aislamiento. Vigilancia permanente.

A la una de la madrugada, Voss estaba encerrado. Lena firmó los papeles. Entregó su informe. Se fue a casa.

El piso seguía vacío. Mañana vendría Jonas. Hablarían. Pero ahora solo quería dormir.

Se tumbó en la cama sin desnudarse. Cerró los ojos. Esta vez durmió profundamente.

Se despertó a las once de la mañana. Doce horas de sueño. No recordaba la última vez que había dormido tanto. Se duchó, se vistió. Se preparó café. Se sentó en el sofá.

Revisó el móvil. Docenas de mensajes. Periodistas pidiendo entrevistas. Compañeros felicitándola. Hoffmann confirmando la medalla al mérito. Ignoró casi todos.

Uno era de su madre, en Lübeck: "Vi las noticias. Estoy orgullosa de ti. Llámame cuando puedas". Lena sonrió. La llamaría más tarde.

A las seis preparó la casa. Ordenó un poco. Preparó café. A las siete en punto sonó el timbre. Jonas.

Lena abrió. Jonas estaba en el rellano. Llevaba la misma bolsa con la que se fue. Entró. Dejó la bolsa en el suelo.

—Hola.

—Hola.

Se quedaron mirándose. Incómodos. Como extraños.

—¿Café?

—Por favor.

Fueron a la cocina. Lena sirvió dos tazas. Se sentaron a la mesa. Jonas bebió un sorbo. Dejó la taza.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

—Pero no es suficiente, ¿verdad?

Lena sintió un nudo en la garganta.

—No lo sé.

Jonas la miró a los ojos.

—He estado pensando. Mucho. Sobre nosotros. Sobre lo que quiero. Lo que necesito.

—¿Y?

—Te quiero, Lena. Eso no ha cambiado. Pero no puedo vivir así. En segundo plano. Esperando siempre. Nunca sabiendo si volverás esa noche.

—Mi trabajo es así. No puedo cambiarlo.

—No te pido que lo cambies. Te pido que encuentres espacio para mí. Para nosotros.

—Intenté hacerlo.

—No. Dijiste que lo harías. Pero nunca lo hiciste. Y no lo harás. Porque tu trabajo no es un trabajo. Es tu vida. Tu identidad. Y yo lo entiendo. De verdad. Pero no puedo competir con eso.

Lena sintió lágrimas.

—¿Entonces qué? ¿Se acabó?

Jonas cogió su mano.

—No quiero que se acabe. Pero creo que necesitamos distancia. Tiempo. Para ver si esto puede funcionar de otra manera.

—¿Qué otra manera?

—No lo sé. Tal vez vernos menos. Sin vivir juntos. Sin las expectativas de una relación convencional.

—¿Amigos?

—Más que amigos. Pero menos que lo que éramos.

Lena retiró la mano.

—No sé si puedo hacer eso.

—Yo tampoco. Pero es lo único que se me ocurre. Porque la alternativa es terminar completamente. Y no quiero eso.

Lena se limpió las lágrimas.

—Yo tampoco.

Jonas se levantó.

—Entonces probemos. Paso a paso. Sin presión.

—De acuerdo.

Jonas cogió su bolsa.

—Me voy a quedar en casa de Martin un tiempo más. Hasta que encuentre algo propio.

—¿Vas a buscar piso?

—Sí. Creo que es lo mejor.

Lena asintió. No confiaba en su voz.

Jonas se acercó. La abrazó. Lena se aferró a él. Olía familiar. A casa.

—Te llamo —dijo Jonas.

—De acuerdo.

Se apartó. Fue a la puerta. Se detuvo en el umbral.

—Cuídate, Lena.

—Tú también.

Se fue. La puerta se cerró. Lena se quedó sola. Esta vez lloró. No mucho. Pero lo suficiente.

Luego se limpió la cara. Se sirvió una copa de vino. Se sentó en el sofá. Miró por la ventana. El puerto brillaba en la distancia.

Su móvil sonó. Krause.

—¿Lena? Tenemos algo. Un caso nuevo. Mujer encontrada muerta en Altona. Parece homicidio.

Lena cerró los ojos. Por supuesto. Siempre había un caso nuevo.

—¿Cuándo?

—Ahora. La científica ya está en escena.

—Voy para allá.

Colgó. Se levantó. Se puso la chaqueta. Guardó la pistola. Salió del piso.

Bajó las escaleras. Subió al coche. Arrancó.

Hamburgo la esperaba. Oscura, fría, llena de secretos. Y Lena iba hacia ella. Porque era lo único que sabía hacer.

Era lo único que era.

El juicio de Heinrich Voss comenzó seis semanas después. Febrero. Invierno profundo. La sala estaba llena. Periodistas, abogados, curiosos. Voss sentado entre sus defensores. Traje oscuro, corbata azul. Expresión serena.

Lena declaró durante tres horas. Expuso las pruebas. Las grabaciones. Los testimonios. Todo meticulosamente documentado. Los abogados de Voss intentaron desacreditarla. Cuestionaron procedimientos, cadenas de custodia, motivaciones. Lena respondió con calma. Con hechos.

Vera Stolz declaró dos días después. Contó todo. La orden de Voss. La contratación de Mehmet. El asesinato. Su voz era monótona, sin emoción. Como si leyera un informe.

Mehmet declaró una semana más tarde. Confirmó la versión de Stolz. Describió la tortura, el estrangulamiento. El tribunal guardó silencio. Algunos lloraban.

El juicio duró seis semanas. Desfiles de testigos. Montañas de pruebas. Argumentos legales interminables.

Al final, el veredicto fue unánime. Heinrich Voss: culpable de asesinato, conspiración, corrupción, soborno. Sentencia: cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional durante veinticinco años.

Vera Stolz: culpable de complicidad en asesinato, conspiración. Sentencia: doce años, reducidos a diez por colaboración.

Ralf Mehmet: culpable de asesinato. Sentencia: cadena perpetua, posibilidad de libertad condicional tras veinte años.

Lena estaba en la sala cuando leyeron las sentencias. Voss no reaccionó. Simplemente asintió. Como si hubiera estado esperándolo.

Stolz bajó la cabeza.

Mehmet lloró.

Los sacaron de la sala esposados. Las puertas se cerraron detrás de ellos.

Afuera, los periodistas rodearon a Lena. Preguntas gritadas, cámaras en la cara. Lena no dijo nada. Solo pasó entre ellos y subió a su coche.

Condujo hasta Speicherstadt. Aparcó junto al canal. Bajó. Se apoyó en la barandilla. El agua fluía negra. Reflejo de luces.

Sacó su móvil. Llamó a Thomas Brenner.

—¿Inspectora?

—Acaban de sentenciar a Voss. Cadena perpetua.

Silencio al otro lado. Luego:

—Gracias. Gracias por todo.

—De nada.

—¿Usted está bien?

Lena pensó.

—Estaré bien.

Colgó. Se quedó mirando el agua. Pensó en Brenner. En su última noche. En el miedo. El dolor.

Ahora tenía justicia. No traía a Brenner de vuelta. No reparaba nada. Pero era algo.

Su móvil vibró. Mensaje de Jonas: "Vi la sentencia. Bien hecho. ¿Cómo estás?".

Lena: "Cansada. ¿Tú?".

Jonas: "Igual. ¿Café mañana?".

Lena: "Me encantaría".

Jonas: "Diez en el Alsterpavillon".

Lena: "Allí estaré".

Guardó el móvil. Encendió un cigarrillo. Fumó mirando el canal.

Hamburgo seguía girando. Gente trabajando, riendo, viviendo. La ciudad era más grande que cualquier caso. Más grande que cualquier crimen.

Y Lena era solo una pequeña parte de ella. Haciendo su trabajo. Persiguiendo justicia. Perdiendo cosas en el camino. Ganando otras.

Terminó el cigarrillo. Lo apagó. Subió al coche. Arrancó.

Mañana vería a Jonas. Tomarían café. Hablarían. Tal vez encontrarían una manera de seguir adelante. Tal vez no.

Pero esta noche, conduciendo por las calles mojadas de Hamburgo, Lena se permitió sentir algo parecido a paz.

Pequeña. Frágil. Pero real.

El caso estaba cerrado. Voss en prisión. Brenner vengado.

No era un final feliz. Pero era un final.

Y a veces, eso era suficiente.

Epílogo

Dos meses después del juicio, Hamburgo intentaba volver a la normalidad. Los titulares sobre Voss habían desaparecido de las primeras páginas. Nuevos escándalos, nuevas noticias. La ciudad tenía memoria corta.

Lena no.

Era abril. Llovía menos. El sol aparecía de vez en cuando entre las nubes. Lena seguía en homicidios. Nuevos casos. Una mujer estrangulada en Harburg. Un atraco que salió mal en Sankt Pauli. Un cadáver sin identificar en el Elba. El trabajo nunca paraba.

Krause seguía siendo su compañero. Trabajaban bien juntos. Silencios cómodos, confianza mutua. Nunca hablaban del caso Brenner a menos que fuera necesario. Ambos lo llevaban dentro, pero no necesitaban revisarlo.

Hoffmann la había ascendido. Inspectora jefe. Más responsabilidad, más casos, mismo sueldo. La medalla al mérito colgaba en un cajón de su escritorio. No la había sacado desde la ceremonia.

Algunas noches, cuando no podía dormir, Lena conducía hasta Speicherstadt. Se apoyaba en la barandilla del canal donde encontraron a Brenner. Fumaba un cigarrillo. Miraba el agua. No sabía exactamente por qué lo hacía. Quizá para recordar. Quizá para olvidar.

Thomas Brenner la llamaba de vez en cuando. Conversaciones breves. Cómo estaba, cómo iba todo. Nunca hablaban de Markus directamente. Pero su nombre flotaba entre las palabras. Una presencia invisible.

Vera Stolz cumplía condena en la prisión de mujeres de Lübeck. Lena no había vuelto a verla. No tenía motivos. Stolz había cumplido su parte del trato. Ahora pagaba el precio.

Ralf Mehmet estaba en una prisión de alta seguridad en Baviera. Lejos de Hamburgo. Lejos de cualquier persona que pudiera querer vengarse. Lena tampoco pensaba en él. Solo otro criminal. Otro nombre en un archivo.

Heinrich Voss estaba en la prisión de Fuhlsbüttel. Celda individual. Régimen especial. Recibía visitas de sus abogados. Todavía apelando. Todavía luchando. Pero perdiendo.

Lena sabía que Voss no saldría nunca. O si salía, sería un anciano roto. Sin poder, sin dinero, sin nada. A veces pensaba que eso era peor que la muerte. Vivir sabiendo que todo por lo que trabajaste ha desaparecido.

Justicia poética.

Jonas y ella se veían una vez por semana. A veces dos. Café, cena, una película. Conversaciones más ligeras que antes. Menos tensión. Menos expectativas.

Él había alquilado un piso en Eimsbüttel. Pequeño, luminoso, lleno de planos y maquetas. Seguía trabajando como arquitecto. Proyectos nuevos. Clientes que no estaban conectados con Nordhafen. Reconstruyendo su carrera con cuidado.

A veces, después de cenar, Jonas preguntaba si podía quedarse. Lena decía que sí. Hacían el amor con familiaridad. Con ternura. Pero por la mañana él se iba a su piso. Límites claros.

Dolía menos de lo que Lena esperaba. O tal vez se había acostumbrado al dolor.

Una noche, tomando vino en el sofá de Lena, Jonas dijo:

—¿Crees que volveremos a estar juntos algún día?

Lena pensó.

—No lo sé.

—¿Quieres?

—A veces sí. A veces no. ¿Tú?

Jonas sonrió con tristeza.

—Lo mismo.

—Entonces seguimos así.

—Seguimos así.

No era lo que ninguno había soñado. Pero era honesto. Y después de todo lo que había pasado, Lena valoraba la honestidad más que los sueños.

En mayo, Lena tomó vacaciones. Dos semanas. La primera vez en tres años. Condujo hasta la costa. Rügen. Alquiló una cabaña cerca del mar. Caminaba por la playa cada mañana. Leía. Dormía. Intentaba no pensar en trabajo.

El tercer día recibió un mensaje de Krause: "Nuevo caso. Parece grande. ¿Cuándo vuelves?".

Lena miró el móvil. Luego miró el mar. Respondió: "En once días. Aguanta sin mí".

Krause: "Lo intentaré".

Lena apagó el móvil. Siguió caminando por la playa.

No era evasión. Era supervivencia. Si no se tomaba tiempo para respirar, el trabajo la ahogaría. Ya casi lo había hecho.

Jonas tenía razón. El trabajo la consumía. Siempre lo haría. Pero ahora al menos era consciente de ello. Y eso le daba algo de control.

Pequeño. Pero algo.

La noche antes de volver a Hamburgo, Lena se sentó en el porche de la cabaña. Botella de vino. Cigarrillos. Las olas rompían en la oscuridad.

Pensó en Markus Brenner. En cómo había muerto solo. Asustado. Dolorido. Sabiendo que lo habían traicionado.

Pensó en todo lo que el caso había destapado. Corrupción, mentiras, violencia. Una ciudad podrida por dentro mientras brillaba por fuera.

Pero también pensó en Thomas, reconstruyendo su vida sin su hermano. En Petra, la secretaria, encontrando otro trabajo. En los funcionarios honestos que seguían haciendo su trabajo a pesar de todo.

El mundo no era solo oscuridad. También había luz. Pequeñas luces. Difíciles de ver a veces. Pero ahí.

Lena bebió vino mirando el mar. Mañana volvería a Hamburgo. A los casos. A las muertes. A la búsqueda interminable de justicia en un mundo que rara vez la ofrecía.

Pero esta noche, aquí, era solo una mujer bebiendo vino frente al mar.

Y eso era suficiente.

Volvió a Hamburgo un domingo por la tarde. El piso olía a cerrado. Abrió las ventanas. Hizo limpieza. Preparó café.

El lunes por la mañana llegó a la jefatura a las ocho. Krause ya estaba en el despacho.

—Bienvenida.

—Gracias. ¿Qué tenemos?

Krause le pasó una carpeta. Lena la abrió. Fotos de una escena del crimen. Hombre muerto en un almacén. Golpes. Tortura. Marcas de cable en el cuello.

Lena sintió algo en el estómago. Familiar. Demasiado familiar.

—¿Cuándo?

—Hace tres días. Lo identificamos ayer. Andreas Kurz.

Lena levantó la vista bruscamente.

—¿El chofer de Voss?

—El mismo. Apareció en un almacén en Wilhelmsburg. No el 47. Otro. Pero mismo método.

Lena estudió las fotos. Kurz había dicho que Voss tenía gente por todas partes. Que lo matarían. Había huido. Desaparecido durante meses.

Pero lo encontraron.

—¿Alguna pista?

—Estamos en ello. Pero parece profesional. Como con Brenner.

—¿Voss?

—Está en prisión.

—Puede ordenar cosas desde dentro.

Krause asintió.

—Lo sé. Pero probarlo será complicado.

Lena cerró la carpeta. Otro caso. Otra muerte. Otro círculo de violencia que no terminaba nunca.

—Empezamos por el almacén. Forense, testigos, cámaras. Lo de siempre.

—Lo de siempre.

Salieron del despacho. Bajaron al garaje. Subieron al coche.

Mientras conducían hacia Wilhelmsburg, Lena miró por la ventanilla. Hamburgo despertaba. Tranvías, autobuses, gente caminando hacia sus trabajos. Vida normal. Vida que continuaba a pesar de las muertes, los crímenes, la oscuridad.

Y ella era parte de eso. De la máquina que intentaba mantener el orden. Imperfecta. Insuficiente. Pero necesaria.

No salvaría a todo el mundo. No atraparía a todos los criminales. No encontraría justicia en cada caso.

Pero lo intentaría.

Cada día. Cada caso. Cada muerte.

Porque era lo único que sabía hacer.

Y porque alguien tenía que hacerlo.

Esa noche, después de un largo día en la escena del crimen de Kurz, Lena volvió a su piso. Se preparó la cena. Ensalada, pan, queso. Comió frente a la ventana mirando el puerto.

Su móvil vibró. Mensaje de Jonas: "¿Cena el miércoles?".

Lena sonrió. Respondió: "Sí. ¿Dónde?".

Jonas: "Sorpresa. Te recojo a las siete".

Lena: "De acuerdo".

Dejó el móvil. Terminó la cena. Lavó los platos. Se preparó para acostarse.

Antes de apagar la luz, miró por la ventana una última vez. El puerto brillaba en la oscuridad. Barcos, grúas, luces reflejadas en el agua. Hamburgo nunca dormía. Nunca paraba.

Como ella.

Lena cerró los ojos. Mañana habría más casos. Más muertes. Más preguntas sin respuesta.

Pero también habría café con Krause. Cena con Jonas. Pequeños momentos de normalidad en medio del caos.

No era la vida que había imaginado. No era perfecta.

Pero era suya.

Y después de todo, después de Brenner, después de Voss, después de casi perderlo todo, Lena había aprendido algo importante:

La justicia perfecta no existe. Las vidas perfectas tampoco.

Solo existen las decisiones que tomas. Los casos que resuelves. Las personas que proteges. Los momentos que valoras.

Y en esos momentos, en esas decisiones, construyes algo.

No felicidad. No paz perfecta.

Pero propósito.

Significado.

Vida.

Lena apagó la luz.

Mañana despertaría temprano. Volvería a la jefatura. Seguiría el rastro del asesino de Kurz. Haría llamadas. Revisaría pruebas. Presionaría testigos.

Haría su trabajo.

Como siempre.

Y Hamburgo seguiría girando a su alrededor. Oscura, fría, llena de secretos.

Esperándola.

Siempre esperándola.